

ALDABA

*REVISTA DEL
CENTRO ASOCIADO A
LA UNED DE MELILLA*

AÑO 1.º NÚM. 1 / OCTUBRE-NOVIEMBRE 1983

ALDABA

*REVISTA DEL
CENTRO ASOCIADO A
LA UNED DE MELILLA*

Año 1.º Núm. 1 / Octubre-Noviembre 1983

DIRECCION

José Megías Aznar

CONSEJO DE REDACCION

Alicia Benarroch Benarroch - José Manuel Calzado Puertas -
Vicente Moga Romero - M.^a Isabel Montoya Ramírez - Ana M.^a Riaño López
Teresa Rizo Gutiérrez

EDITA Y DISTRIBUYE

Servicio de Publicaciones del Centro Asociado de la UNED de Melilla.
Palacio Municipal. Apdo. 121. - Teléfono 681080

Imprime: COPISTERIA LA GIOCONDA
Melchor Almagro, 16
Depósito legal: 526/1983
GRANADA

Presentación

Este número de “ALDABA” es el logro aunado de multitud de esfuerzos de todo el colectivo que forma el Centro Asociado a la UNED de Melilla: Patronato, Dirección, Profesores y Alumnos.

Esta revista quiere ser una llamada a la puerta de la cultura y servir de intercambio entre las distintas formas de pensar de nuestro pueblo.

La revista “ALDABA” pretende ser cauce de las inquietudes docentes —investigadores de todos los que componemos la UNED-Melilla, como de todos los profesionales e investigadores que quieran aportar sus trabajos al enriquecimiento de nuestro patrimonio cultural.

Los fines que persigue “ALDABA” son estrictamente universitarios, abarcando, por tanto, todo trabajo serio y documentado. “ALDABA” quiere ser vehículo de comunicación y cultura de cuantos temas preocupen al ciudadano.

Uno de los principales temas que “ALDABA” tratará es todo lo concerniente con nuestra ciudad: Melilla. “ALDABA” está abierta a todos los que quieran aportar algo dentro de la Ciencia, el Pensamiento y la Cultura.

EL CONSEJO REDACCION

INDICE

Páginas

Presentación	
ESTUDIOS	
La historicidad de la poesía de Miguel Fernández <i>por Sultana Wahnón Bensusan</i>	1
Transcripción y breve estudio de una versión en Ladino del libro de Rut <i>por Ana M.ª Riaño López</i>	17
Sobre el Arte de la caza <i>por M.ª Isabel Montoya Ramírez</i>	27
El laser en la industria química del futuro <i>por José Manuel Calzado Puertas</i>	35
Descripción del medio marroquí en Madrid <i>por Encarna Cabello</i>	45
La cárcel como instrumento de la violencia institucional <i>por Guillermo Orozco Pardo</i>	53
Arte Hispano-Musulmán del siglo X: El arte califal <i>por Dolores Aguilar García...</i>	63
TEMAS DE MELILLA	
Melilla: Cien años de hallazgos arqueológicos <i>por Francisco Saro Gandarillas</i>	77
RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS	
<i>R. Fernández Ballesteros y J.A.I. Carrobes</i> «Evaluación conductual o metodología y aplicaciones	85
<i>Albert Einstein y Leopold Infeld.</i> «La física, aventura del pensamiento»	86

La historicidad de la poesía de Miguel Fernández

Por Sultana Wahnón Bensusan

La concesión del Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla 1982 por su libro *Discurso sobre el páramo*, así como la publicación de su *Poesía completa (1958-1980)* son los dos últimos acontecimientos importantes referidos a la obra de un gran poeta melillense, Miguel Fernández.

Hasta ahora, su poesía no ha sido sometida a la prueba de una lectura unitaria y coherente; los artículos surgidos a tenor de las sucesivas publicaciones proporcionan datos, a veces contradictorios, de algunos aspectos parciales, y el único libro publicado hasta ahora sobre su poesía abarca sólo hasta *Eros y Anteros*, limitándose, además, a ser un índice de problemas pero sin aportar soluciones convincentes ¹.

Uno de los mitos más extendidos en torno a esta obra poética es el de su aislamiento, que alguien ha juzgado consecuencia inevitable de su real aislamiento geográfico. Este mito se origina en la dificultad que la crítica experimenta al intentar adscribir su poesía a las características limitadas de una generación poética, dificultad que se resumen en la actitud de Francisco Rincón, quien opta por calificarla de «poesía entre dos generaciones» ² —se trataría, naturalmente, de la generación del 60 o poesía del realismo crítico y generación del 70 o poesía novísima—, solución hartamente inadecuada, a nuestro juicio, para culminar unos plan-

1. Francisco Rincón, *La poesía de Miguel Fernández*, Valencia, Ed. Bello, 1978.

2. *Id.* pp. 151-168.

teamientos que se quieren generacionales, puesto que debería tenerse en cuenta el factor que sostiene toda la teoría generacional, esto es, el factor cronológico; si se respeta esta primera condición para poder hablar de generaciones, es obvio que Miguel Fernández —nacido en 1931— debe ser incluido en la generación del 60.

Ahora bien, si lo que se quiere señalar con esa ambigua adscripción generacional es que las características de la poesía de Miguel Fernández no convienen a las que se suelen fijar para cualquiera de las dos generaciones, convendría abandonar el concepto de generación y admitir que la poesía no puede delimitarse por décadas; quizás la solución más acertada sea la que propugna Guillermo Carnero: «prescindir de la obsesión generacional e intentar compartimentar la poesía de posguerra según un criterio que atienda, más que al factor cronológico, a la práctica literaria, a los temas recurrentes, al uso del lenguaje y a la actitud de los poetas ante su propio oficio»³. Sólo así, y no atendiendo a posibles prácticas generacionales que se agotan en cuanto surge una nueva, puede entenderse que Miguel Fernández escribiera una poesía irracional cuando Carlos Bousoño proclamaba «el imperio de lo cotidiano y habitual sobre lo sorprendente e imprevisto»⁴, sin necesidad de hablar de «cuerpos extraños» o de «eslabones perdidos», y esto porque pueden coexistir durante varias décadas o generaciones diversas variantes poéticas, implícitas todas en los planteamientos propios del horizonte ideológico burgués pero correspondiéndose cada una con distintas vertientes de ese mismo horizonte.

Atender a la práctica literaria, a los temas recurrentes, al uso del lenguaje y a la actitud del poeta ante su propio oficio (incluso a la propia consideración de la poesía como oficio), no significa negar la historicidad de la poesía, sino, precisamente, estudiarla, conocerla. Empezando por la misma práctica literaria, es decir, por el simple hecho de escribir literatura, estamos dando cuenta de la radical historicidad de los discursos de Miguel Fernández ya que, siguiendo a Juan Carlos Rodríguez, lo que hoy entendemos por «literatura» no ha existido

3. Guillermo Carnero, «Poesía de posguerra en lengua castellana», *Poesía*, n.º 2, agosto-sept. 1978.

4. Carlos Bousoño, «Poesía contemporánea y poesía poscontemporánea», en *Teoría de la expresión poética*, II, 6.ª, Madrid, Gredos.

siempre: «Los discursos a los que hoy aplicamos el nombre de “literarios” constituyen una realidad histórica que sólo ha podido surgir a partir de una serie de condiciones —asimismo históricas— muy estrictas: las condiciones derivadas del nivel ideológico característico de las formaciones sociales “modernas” o “burguesas” en sentido general»⁵. Esta afirmación que Juan Carlos Rodríguez defiende y demuestra de manera admirablemente diáfana en su libro *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*, nos sitúa ante el mismo hecho literario, ante la producción ideológica que conocemos con el nombre de «literatura», como un hecho radicalmente histórico, imposible de concebir en otra formación social (medieval, esclavista, etc.) en los mismos términos en que hoy la concebimos, esto es, literatura como expresión de la verdad interior del «sujeto/autor de la obra»⁶.

Conviene, sin duda, concretar un poco más esa historicidad global de la literatura, y para ello nada mejor que atender al uso del lenguaje, a los temas recurrentes, a la actitud del poeta ante su «oficio»; lo que termina de marcar la radical historicidad de la poesía de Miguel Fernández es el estar segregada desde la noción ideológica del irracionalismo, lo que hace de ella una poesía radicalmente moderna, contemporánea, ya que el término y la concepción de lo irracional se imponen en este siglo como la readaptación que el horizonte positivista, «“inconsciente ideológico” correspondiente, (...), a la fase “imperialista” del capitalismo y, por tanto, hoy dominante»⁷, —hace del descubrimiento freudiano del inconsciente; esta readaptación se ve en pleno funcionamiento en la definición que Carlos Bousoño ofrece del irracionalismo; para este crítico, el irracionalismo consiste «en la utilización de palabras que nos emocionan, no o no sólo en cuanto portadoras de conceptos, sino en cuanto portadoras de asociaciones irreflexivas con otros conceptos, sino en cuanto portadoras de asociaciones irreflexivas con otros conceptos que son los que realmente conllevan la emoción. Esta, la emoción, no se relaciona entonces con lo que aparece dicho por el

5. Juan Carlos Rodríguez, *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*, Madrid, Akal, 1974; p. 5.

6. Ibidem.

7. *Id.* p. 159.

poeta (la literalidad o al menos el significado lógico indirecto del “simbolizador”— denominaremos así al término que simboliza): se relaciona con un significado oculto (oculto también, por supuesto, para el propio poeta) que es el verdadero sentido de la dicción poemática (llamémoslo desde ahora “el simbolizado” o “significado irracional”), y que sólo un análisis extraestético (que el lector como tal no realiza, ni tiene por qué realizar) podría descubrir»⁸. Como se ve, además de concebir la poesía como algo «emotivo», esto es, según ese mismo horizonte ideológico, como algo perteneciente al ámbito de la «sensibilidad» y no de la «razón» (el lector no sabe, ni tiene por qué saber las «razones» de su «emoción»), se observa, en la definición de Bousoño, una identificación clave para esa readaptación de que venimos hablando; se trata de la identificación «irracionalismo = significados ocultos» (significados ocultos para el propio poeta, es decir, significados de los que el poeta no es consciente). En muchas ocasiones, va a hablar Bousoño de «asociaciones no conscientes», pero nunca va a utilizar el término «inconsciente», sino que, todo lo más, utilizará el de «preconsciente»; sin embargo, no es esto lo más grave puesto que, en cierta manera, se reconoce que la poesía irracional no es consciente o, al menos, no es tan consciente como puede serlo la poesía racional; lo grave es esto último, el hecho de que, por la misma lógica ecuacional, se identifique la poesía no irracional —racional— con la no presencia de significados ocultos —con la ausencia—, por tanto, con lo no preconsciente o inconsciente —con la conciencia—.

¿Qué se consigue con esta readaptación? precisamente, salvar a la «Razón» de la quema, porque ésta, principal noción ideológica —por tanto, inconsciente— del horizonte ideológico burgués, se sitúa en el nivel de la conciencia. La identificación Razón = Conciencia, Irracionalismo = Inconsciencia reduce el nivel de actuación de lo inconsciente al ámbito de lo artístico: literatura, pintura, música, donde lo «sensible», lo «emotivo» justificarían el escape de la razón, mientras que en el resto de las actividades, bien sean científicas, bien sean teóricas, o simplemente actividades cotidianas: organización familiar, edu-

8. Carlos Bousoño, *El irracionalismo poético (El símbolo)*, Madrid, Gredos, 1977; pp. 21-22.

cación, etc., donde lo «racional» prima, quien actuaría sería la conciencia y el inconsciente no tendría ninguna participación. Con este mismo esquema, que falsea la existencia real de un inconsciente que determina todos nuestros actos, los concebimos o no como racionales, se puede hasta distinguir dos tipos de poesía: una perfectamente racional (cfr. la poesía pedagógica, ilustrada de Jovellanos) que, como tal, no poseería ningún significado oculto o inconsciente, sino que sería la perfecta expresión de la conciencia del poeta, quien no se dejaría llevar por su «sensibilidad» ni tan siquiera en la expresión poética; y una poesía irracional que estaría plagada de significados ocultos que el crítico deberá descifrar, o sea, en última instancia, deberá «racionalizar» porque la labor del crítico, labor teórica, sería una de esas actividades donde todos los actos son conscientes, por racionales. La realidad, sin embargo, es otra bien distinta; no es que la poesía irracional no sea inconsciente —que lo es— sino que la poesía racional, incluso la misma labor del crítico intentando reconducir lo irracional al cauce de lo racional, son comportamientos determinados desde un inconsciente ideológico que no limita su actuación a los terrenos en que el individuo quiere «utilizarlo», sino que actúa en todo momento, justificando y dando sentido a esos comportamientos.

En último término, lo que ocurre es que, como explica Juan Carlos Rodríguez, «los planteamientos teóricos derivados desde esa misma ideología burguesa nunca podrán aceptar que su propio inconsciente de base sea una cuestión ideológica (o sea, histórica), sino que considerarán siempre que los elementos y la lógica propia de tal “inconsciente” constituyen la verdad misma de la realidad física humana»⁹; de esta manera, como Freud describe la realidad del comportamiento humano como un comportamiento que, en su forma consciente, ha pasado ya por la censura de un «centinela» que lo ha conformado según los cánones del momento, la ideología burguesa no puede reconocer que la noción de razón sea uno de esos elementos inconscientes y la eleva a forma máxima de la conciencia, es decir, a elemento eterno en el funcionamiento del individuo.

Pero, como todas estas «confusiones» son ideológicas —incons-

9. Juan Carlos Rodríguez, *op. cit.*; pp. 10-11.

cientes—, afectan a todos los individuos inscritos en este horizonte ideológico y, por tanto, también a los poetas; así, los poetas actuales pueden ser racionales o irracionales, desde el momento en que producen su obra a partir de esas nociones. Lo que diferenciará una poesía racional de una irracional no será, pues, el grado de inconsciencia —ya que ambas son segregadas desde un inconsciente ideológico—, sino la intencionalidad del poeta que, convencido de contar con esas dos posibilidades, opta por una o por otra, es decir, elige ser racional-consciente o irracional-inconsciente.

Miguel Fernández opta por la segunda posibilidad; así podemos comprobarlo en las palabras que escribe para una antología: «No hacemos más que trabajar con símbolos —al igual que el rito religioso— y *desconocemos* (subrayado del autor) por qué mi forma de canto, la medida usual de los versos, la reiteración de ciertos vocablos claves: un color, un aroma, una imagen, perseveran con un ritmo sincopado» ¹⁰. Símbolos —términos que aluden misteriosamente a otros— e inconsciencia aparecen unidos en una concepción magicista de la poesía.

Esta opción se manifiesta en la expresión de los poemas; en ellos, podemos encontrar perfectas ejemplificaciones de esas técnicas expresivas que Bousoño ha explicado magistralmente en sus dos volúmenes sobre el tema: imágenes visionarias, visiones y símbolos. Miguel Fernández, como todo poeta irracionalista, va a decir cosas tan inhabituales como «yo os pido un vaso de sed», «Todas las noches veo mi silueta/cinco mil años antes de la era de Cristo», «sino que sólo escucha que Mozart agoniza entre los tulipanes», etc..., expresiones que se desparrraman por toda la obra de Miguel Fernández sin excepciones.

A menudo se ha limitado la atribución de surrealismo a sus primeros libros y, en todo caso, se ha hablado de un «surrealismo mitigado», esto es, de lo que Bousoño llama irracionalismo simplemente; sin embargo, en un libro como *Monodía* del que se afirmó que representaba «un proceso de intelectualización y esencialización de la poesía» ¹¹, podemos encontrar un poema como «Modulema» de apariencia totalmente surreal:

10. Leopoldo de Luis, *Poesía religiosa actual*, Madrid, Alfaguara, 1969; pp. 521-522.

11. Francisco Rincón, *op. cit.*; p. 63.

La tarjeta, en el tajo del tajamar.
Abismo, abisal de vorágine y embudo;
se mueve el aire
aireado de peces voladores.
Pasa un cuervo y la toma con el pico:
ya es cuervo con tarjeta de visita.

En el reino animal se impone el protocolo,
locos van ateridos animales domésticos.
Colocan animados sus colas de colores
y una coloración de colibríes
viste al cuervo de luces.

El papagayo, que mantuvo virgen
su diadema de ópalo, contempla
y sobre el tajo abisal de los embudos,
despluma su emplumado vuelo yerto
suiciándose al fin.
Ya no hay colores.

Más recientemente aún, en *Entretierras*, el poema «Ultima visión de Casiopea» podría ser una muestra del mejor surrealismo español, de hecho pensamos que lo es.

De todos modos, existe una diferencia entre este tipo de poemas y los que constituyen la mayoría de esta obra poética. En poemas como el transcrito, Miguel Fernández se aleja totalmente de la realidad lógica desde su intencionalidad irracional, mientras que en esos otros, que, decimos, caracterizan su obra, este apartamiento no es tan radical en lo referente a la temática. De hecho, se ha señalado siempre la fidelidad que esta poesía guarda al mundo cotidiano, a la realidad cercana. Son poemas en que se pretende tematizar alguna experiencia, alguna vivencia personal pero, al mismo tiempo, son poemas en que no dejan de aparecer esas técnicas expresivas que caracterizan un lenguaje que se quiere irracional. Es este lenguaje, por mor de las identificaciones que establece de manera inconsciente, el que nos da cuenta de un plano temático paralelo, que no tiene nada que ver con el que, conscientemente, desarrolla el autor. Esta peculiaridad llega a afectar no sólo a poemas aislados, sino a libros enteros; en *Sagrada materia*, el proyecto consciente del autor, —el desarrollo poético de una autobiografía— la de su infancia en guerra— se ve vencido por una temática obsesiva: la crisis existencialista del poeta en el momento en que escribe. Estos dos planos se articulan en torno a dos términos, «paz» y «lucha», que en el

plano consciente funcionan con sus significados primarios, los que convienen a la temática del niño que vive la espantosa Guerra Civil, mientras que en el plano inconsciente, y de manera simultánea, están funcionando con los significados secundarios de «paz» y «lucha» espirituales, significados, por otra parte, perfectamente reconocibles para el hablante de español. Si esto ocurre así, y justo es reconocerlo, es porque el poeta no quiere «controlar» su lenguaje, no quiere «racionalizarlo», sino que lo deja fluir para que broten esos «vocablos claves» que él mismo desconoce y que, por otra parte, no desea conocer. Dada esta ausencia de control, se pueden descubrir algunos contrasentidos que dan noticia de esos significados inconscientes, como son la presencia ilógica de la «paz» en la infancia y de la «lucha» en la madurez que contradicen la temática consciente del poemario.

Del mismo modo, la primera y segunda partes de *Entretierras* dedicadas a la muerte de la madre (una temática real, cercana), desarrollan una temática paralela, la de su propia muerte, que tiene su origen en una antigua identificación inconsciente que data de su primer libro y que une los términos «muerte» y «silencio». Todo el poemario es una elegía a la madre muerta, pero, a la vez, es un recuerdo «emocionado» del propio pensamiento «muerto», por silenciado, en su poesía. De ahí que una de las citas que abren el libro sean las palabras de V. Aleixandre: «Calla. Quien habla escucha. Y quien calló ya ha hablado.» y que el poeta escriba como colofón del poemario: «en la meditación de la imagen de Ana González Cortés, mi madre, ya que ciertamente ella no murió, sino yo, su espectro». De ahí también que el poema que lo cierra, sea el titulado «Reencarnación en la palabra», donde la obsesión metapoética, que, inconscientemente, se desarrolla a lo largo de todos los poemas, se tematiza de manera consciente con unas palabras tan significativas como clarificadoras: «La poesía es lo que no se descubre;/ parecida a la muerte, pero en vivo». Pocos son los poemas donde, como en éste, se tematiza esa obsesión metapoética de una manera consciente, pero, en todos, incluidos aquellos que parecen más alejados de esta posibilidad, aparece como tema paralelo, desarrollado inconscientemente. Temática metapoética que se cifra en dos puntos, fundamentalmente:

a) la poesía como única posibilidad de trascender (solución que pone fin a esa inicial agonía, a ese existencialismo de fondo)

b) la necesidad de ocultar los pensamientos.

Esta última vertiente origina la aparición de varios de esos «vocablos claves»; términos absolutamente reiterativos, como «mantas», «abrigos», «sudarios», «capas», «manteles», «paños», «casacas», «clámides», aluden a esa necesidad imperiosa de «cubrir», de «tapar» los pensamientos necesidad que en uno de los poemas de *Credo de libertad* formula del siguiente modo: «recuerda tu manta de colores para ocultar los desgarros», dándonos la clave para comprender el origen de esa obsesión porque, en efecto, el poeta quiere ocultar mediante los «colores» de su poesía los «desgarros» vitales, existencialistas, agónicos que lo atenazan, merced a una desconfianza progresiva hacia los valores tradicionales: Dios, Libertad e, incluso, hacia los menos tradicionales: erotismo, esteticismo, etc., desconfianza que acaba traicionándole siempre. El caso más sintomático es, sin duda, *Eros y Anteros*, libro concebido en un verano informal como «una especie de divertimento y sin otra perspectiva que prolongar un tema, el amoroso»¹², en el que llama poderosamente la atención el comportamiento del varón de esa aventura amorosa veraniega (aventura que, por otra parte, como Rincón afirma, no se sale de los límites del ámbito conyugal), quien se empeña en vestir a la mujer, con la excusa de que hace frío:

Plumón helado, el desnudo breve,
un seno tiembla por transida mano;
el fuego, que por fatuo, foga en vano
pues hielo aventa si al calor se atreve.

Cómo el chapín no calzas si tan nieve
el suelo queda y aguijón el llano.
Te portaré por fiebre y por cercano,
tu carne fui cubriendo mientras llueve.

Probablemente, la misma informalidad veraniega y el hecho de que el poeta no meditase demasiado sobre lo que estaba haciendo, son factores que inciden en ese habitual apartamiento inconsciente de la temática elegida. La problemática amorosa se convierte en problemática

12. Miguel Fernández, *Eros y Anteros*, Salamanca, Colección Alamo, 1976; p. 7.

metapoética y el libro adquiere forma de alegoría con cuatro identificaciones básicas: Relación erótica = poesía simbólica, mujer = meditación (fondo o contenido), hombre = técnica (forma o expresión), hijo = poema que resulta de la fusión perfecta del «hombre» y la «mujer».

Si volvemos al poema que transcribíamos, «Modulema», en esa temática apartada de la realidad cotidiana, surreal, podemos leer esa misma obsesión por «cubrir»: el «cuervo», pensamiento negro y feo, es «vestido» de «luces» y «colores». Es obvio, además, que este poema señala una crisis en esa necesidad de ocultar, crisis que se advierte en ese «suicidio» de los «colores».

Lo importante, pues, es darse cuenta de que para esta temática obsesiva, inconsciente, da lo mismo que el poeta se aparte totalmente de la realidad o no; quiere decir, la poesía no es voluntariamente inconsciente sino sólo voluntariamente irracional porque inconsciente lo es con o sin la voluntad del poeta. En la forma de su inconsciencia: el irracionalismo, radica la historicidad de la poesía de Miguel Fernández.

1. ¿Cómo juzgaría Miguel Fernández el devenir de su obra poética, desde ese inicial *Credo de libertad* hasta la obra premiada con el «Melilla», *Discurso sobre el páramo*?

M.F.: «Es una obra compuesta hasta ahora por once títulos a través de los cuales —y dado mi sentido de la obra como unidad— lo que ha podido modificarse, pero mínimamente, es mi dicción que, lógicamente, como cualquier aspecto evolutivo, ha tenido que ir modificándose. Creo, sin embargo, que ese devenir no es otro que considerar mi obra como una metapoética. Del primer al último libro se plantean las mismas constantes de investigación del lenguaje. Aunque siempre existe en cada uno de mis poemas un plano real, que es sobre el que descansa la anécdota o el temario del mismo, paralelamente tenemos un plano simbólico que enriquece, creo, la empresa y le da dimensiones distintas a la realidad. La diferenciación de cada libro estará, más que nada, en su tema argumental.

2. ¿No es el propio Miguel Fernández, poeta, quien se oculta tras la figura de Francisco de Goya, pintor, y tras otros personajes como Jovellanos, el padre Feijoo, etc., a quienes se dedican algunos de los poemas de su último libro?

M.F.: «Aquí, tales personajes hablan por sí solos; están situados

dentro del ámbito concreto de su época; pero, indudablemente, el autor, al identificarse con estas criaturas que recrea, respira por su parte herida aunque habla por boca de ellos.

3. En relación con esto mismo, hay unos versos muy significativos en el poema que da título a libro «Discurso sobre el páramo», donde el poeta se deja ver claramente:

Y mira el círculo de apócrifos
quien crea e inventa; el más solo del mundo,
quien más amor posee pero que nunca compartirlo puede.

El creador como la persona más solitaria, como la que no puede compartir su inmenso amor, es figura que dejan traslucir muchos de sus poemas; me pregunto y le pregunto si existe una imposibilidad real para compartir el amor, es decir, para comunicar o si se trata, más bien, de un voluntario elitismo, de una voluntaria soledad.

F.F.: «Hay en esto una postura estética, pues es cierto que lo que el creador no puede compartir es su propio acto de crear. Esto irradia amor, comunicación mas, no obstante, si tales fenómenos se cumplen en alguien que leyere y al que el autor desconoce, éste no dejará de estar solo, ya que su idea será soliloquio en el lector como fuera para el autor en el momento de alumbrarla. Creo que era en «La orgía perpétua» donde Vargas Llosa apuntaba que en la poesía moderna el hecho objetivo era el menos valioso. Y esto viene a cuento, como aquello otro de Pierre Emmanuel, de que la poesía es una virtud solitaria».

Es usted un poeta al que, en numerosas ocasiones, se ha tachado de hermético; ¿es el hermetismo una garantía para la posteridad?

M.F.: No creo que nada pueda ser garantía de futuro perdurable, pues ni siquiera, aunque parezca una paradoja, el futuro lo es. Sin embargo, puede que un lenguaje que hoy no tenga una apreciación racional sea, andando el tiempo, elemento normal de la razón de entonces. Fíjese en Góngora, prácticamente actualizado por los del 27.

5. «La postura del creador frente al poder»: así ha definido usted el tema central de *Discurso sobre el páramo*; en otro poema del libro se pueden leer estos versos:

Pasó un hacha crujiente, cercenó la palabra,
la cabeza cautiva queda en un arriate,
lampreas que bogaban la portan a un sudario.

La palabra cercenada y la cabeza —con el significado evidentemente simbólico de “pensamiento”— cubierta por un sudario. Yo me pregunto si su palabra fue cercenada por el hacha del poder político y si Miguel Fernández debió ocultar sus pensamientos en algún momento por la amenaza de ese poder. Y me pregunto también si leeremos ahora en su poesía una palabra completa y un pensamiento claro; ¿le quitará ahora a su poesía los «sudarios»?

M.F.: Pues sí, desde mutilarme la cita que inaugura mi primer libro, un verso de Paul Eluard, hasta la llamada al orden por haber firmado, junto con otros escritores, una carta de agradecimiento al entonces presidente de Méjico, que tuvo la deferencia de visitar a León Felipe en su casa, dada su enfermedad, escasos días antes de que muriese.

Por otro lado, y afortunadamente, ya no hay que encubrir con sudarios ni ideas ni palabras.

6. ¿Sigue existiendo ese odio instintivo, del que hablaba Baudelaire, entre poesía y capitalismo?; ¿ha acabado el poeta insertándose en la sociedad capitalista como un agente de producción más? Pienso ahora en esa teoría de que el hermetismo, la palabra oculta, signifiquen una alternativa de no querer ser un fácil producto de consumo.

M.F.: No creo que exista esa inserción, ni mucho menos se transforma en agente de producción. Recuérdesse cómo en el prototipo de país capitalista, U.S.A., surge un Allen Ginsberg, o la generación «beat», consecuencias de un enfrentamiento a ese modelo de sociedad. El hermetismo, más que ser una defensa para no convertirse en consumismo es, en primer lugar, circunstancia de dicción a niveles de lenguaje, de un determinado grupo de autores. Y, en segundo lugar, si no es ése el objetivo, autodefensa contra una posible mordaza política.

7. Miguel Fernández fue considerado, en sus inicios, un surrealista mitigado; ese aporte irracional o surrealista de su poesía, ¿ha ido en incremento o en disminución?; ¿es hoy Miguel Fernández un poeta racional o irracional? Y cito de nuevo unos versos de su último libro:

Me has dado, realidad, el arpegio del trazo
en tiempos donde sólo la razón es prodigio.

M.F.: Bueno, esos versos son precisamente un alegato contra la razón; o más bien, la situación de dos posturas antagónicas: lo mágico y lo lógico, en las que se ve inmerso el creador. En cuanto a mi tildado y

arrastrado surrealismo, que, como bien dice, me colocaron hace ya un cuarto de siglo, creo que no está exactamente encajado. Yo nunca practiqué una escritura automática, por tanto, me emancipo de una de las reglas de oro del «Manifiesto» de André Breton. Hay en mi poesía un plano irracional-mágico, que siempre va paralelo al otro plano real. ¡Pero qué voy a decirle a usted que ha dedicado un libro a este tema!

8. Pero, ¿no cree Miguel Fernández que, en esa tentativa del poeta moderno de huir de lo racional, de lo burgués, desemboca en un elitismo peligroso, en cuanto que favorece la división de clases en la cultura? Puede ser una casualidad, pero lo que se viene llamando lenguaje irracional es identificable con lenguaje para pocos.

M.F.: En apariencia, así es. Lo que ocurre es que, en realidad, la cultura, es su acepción amplia, no tiene clases y ese lenguaje específico que venimos llamando irracional es el mismo empleado por un Bosco de pintura; por quien o quienes compusieron el Disco de Phaestos en la cultura minóica, en escultura y, más cercamente, por el atonalismo musical. Estos tres ejemplos son ya arcaicos, como son ya admitidos con toda normalidad, pues el receptor de tales posturas estéticas está situado ya en su tiempo donde estas obras son «racionalmente asimiladas en contraposición al espectador coetáneo de las mismas que podría esgrimir, como ahora, su rechazo. El Arte va siempre, en el tiempo, por delante de su interpretación.

9. Como todos los poetas últimos, ha criticado alguna vez el exceso de idealismo que conllevaba la concepción de la poesía como instrumento de transformación de la realidad, propia de los poetas del realismo social; ¿cuál sería, a su juicio, una concepción materialista de la poesía?, ¿cuál es el papel de la poesía en una sociedad que usted deseará, de acuerdo con su ideología, encaminada a una sociedad sin clases, socializada?

M.F.: Yo preconizo desde siempre la transformación, mejor, la recreación de la realidad, que no tiene nada que ver con la vacua escuela del realismo social, al menos en nuestro país. Una concepción materialista, a secas, de la poesía no existe. Ni siquiera lo más cercano, que podía ser el humanismo marxista, siempre tendría dependencias del plano irracional o mágico. El papel de la poesía en esa sociedad soñada y socializada, será entonces la de nutrirse de esos valores que pueda depurar tal sociedad para hacerlos ley de su canto.

10. Para terminar con esto, ¿no cree que es el poeta el primero que siente la crisis de los valores básicos de la burguesía: libertad, igualdad, fraternidad, que, en algún momento, fueron punta de lanza en la lucha de los intelectuales europeos?, ¿cómo cree que afecta esa crisis global a la poesía?

M.F.: Naturalmente, por ello la poesía no tiene más remedio, cuando esto ocurre, que inventar sus mitos, sus arquetipos soñados (esto lo ha estudiado agudamente Octavio Paz). Una crisis de tal índole hace que el poeta sea el testigo de su tiempo.

11. Miguel Fernández es un poeta melillense; este premio recibido en la ciudad donde vive significa, quizás, el reconocimiento del profeta en su tierra, pero ¿qué ha significado Melilla en la creación poética de Miguel Fernández?, recuerdo un poema de *Monodía* que decía: «En Melil rostros juntos se contemplan / la misma soledad, pero nunca hubo yerba / donde el cuerpo gozara», ¿hay «yerba» en este momento en nuestra ciudad?

M.F.: Es el paisaje de fondo. En cuanto a esa yerba, carece de simbología.

12. Ya ha salido al mercado su *Poesía completa (1958-1980)* publicada por *Selecciones Austral*; ¿qué puede decirnos de esta recopilación? y, sobre todo, háganos un poco del volumen *Tablas lunares* incluido en ella y desconocido hasta ahora para el lector; ¿es anterior o posterior a la composición de *Discurso sobre el páramo*?

M.F.: Está recopilada toda mi poesía junta, abarcada en esas fechas. Me era necesario ese punto y aparte de mis diez libros publicados hasta el momento (queda por salir el del Premio Internacional Ciudad de Melilla), para poder así verlos con cierta perspectiva. En cuanto a *Tablas lunares*, creo que supone la meditación sobre el tema de la soledad y de la soledad solidaria. Libro inmediatamente anterior a *Discurso sobre el páramo*.

13. *Tablas lunares* incluye ese famoso poema largo «Lamentación de Dionisio» que anunciaba Rincón en su libro como de inmediata publicación después de *Eros y Anteros*; ¿por qué ese retraso en su salida a la luz?

M.F.: En el libro de Rincón sobre mi poesía, daba como inmediata la publicación de este poema extenso, pero, como libro, breve y autónomo, por tenerlo en aquellas fechas en una editorial a punto de editar-

se. Fueron entonces surgiendo los poemas que constituyen hoy *Tablas lunares* y vi «Lamentación de Dionisio» —alegato contra un tirano— como parte de este libro, razón por la cual lo retiré de la editorial, vieniendo a engrosar aquel texto, como parte segunda del mismo.

ROSTRO DE CADA DIA

PARÉ yo la berlina por extasiarme quedo
en ese violeta que se filtra en las flores
en la hora declive del sol de los galanes.
Allí la vista larga sus iris lo recrea
tal sonar de la luz, cuando esplende armoniosa.
Quise lo que tal vide, aprisionar en auras
para luego el reflejo de ese color raptarlo
y ponertelo a tí, madomna que no sabes
cómo mi coche para sus bridas en tu acequia
por ver si tu halda bruma inclíname de hinojos.

LA BLANCA FLORIDA

NO es la Florida blanca, señor, para el cultivo
y así ejercer la escarda al tiempo que las plantas albergan
a las aves.
De lo baldío al grano, es lo inerte a la vida
y el lodazal hoy fétido se ahuecará en vergeles.
¿Dónde ya enhorabuena gozará la labranza
si del yermo tan solo el vendaval pasea?
Es tierra para un alto de verdor más lozano
por cuyos arriates no hay sangre y sí la escarcha,
Hemos pisado cárcavas, señor, desde lo ignoto
de aquellos los trapecios de los campos perdidos
puestos de inícuas tapias, para que pasten ciervos
no de esta alquería, sino de vuestros parques.
Templad lo desolado contemplando los astros.
Venga la misa bárbara de los brazos agrícolas,
oficio es quien libera tanta sabia perdida,
Cuánto pasto, señor, perdióse en la porfía.

INTRADÓS DE LAS DAMAS

LAS bobas, las penadas servidumbres de quienes son
vigiladas
por ojos avizores de varón; las tocadas de armiño
sentadas quietas; las damas en reposo son lo estático,
y así las advertidas columbran lo que venga a acontecer:

desde la hormiga transportadora, a la resurrección de los
santos;
de quien alzando el rápido tobillar,
vióse ropa empuntillada del color de la canela.

Desde ese palco que circula la vida con la mirada sátrapa,
ellas posan letargos
ajenas a quien hunde su rostro en la gorguera;
la cabeza porteadora de ensalmos,
el anciano que emerge como un loto profundo,
todo aquello que aguarda detrás de un dulce reclinar
y es sonido espectral, la transparencia del vivo lívido,
la madriguera que el hurón horada.

Vacuas las enseñanzas, las señoritas albinas son bellas
como un don inservible;
sólo rezantes éxtasis sus manos anilladas
nacidas en la púber genuflexión de los exvotos
miran cielos llagados por donde cruza siempre el engaño
descalzo.

Y esto llamóse como una terca e inmensa adormidera,
felicidad;
como una bautizada pendencia, desvarío penitente;
como un azulenco parpadeo de ojos bien pintados,
arobo en la promesa de vestirse con cíngulos.

Oh espectador anciano de hondas cicatrices,
qué tronada en los pulpitos elévase al cimborrio.
Detrás de esa mentida dulzura cruzan naipes:
tantos tahures patrios del as de las navajas.

Transcripción y breve estudio de una versión en Ladino del libro de Rut

Por Ana M.^a Riaño López

El estudio de la producción literaria judeo-española en el exilio es, cada día más, afortunadamente, un hacer apasionante. Sin embargo, debemos objetar que la historia en la literatura sefardí no ha sido aún analizada con profundidad, en toda su extensión.

Es fácil caer en el error de reconocer a la literatura sefardí tan sólo por su poesía popular, limitando el caudal de este dialecto hispano a la lírica del romance y del canto, quizá, porque a ella haya llegado con mayor frecuencia la investigación. Pero la realidad es que el patrimonio literario judeo-español, que cuenta, aproximadamente, con unas cinco o seis mil obras escritas en ladino ¹, abarca mucho más. Tratados de ética y religión, novelas, cuentos, dramas, narraciones históricas, de humor, de política, etc. evidencian la amplitud de esta cultura engendrada por aquellos judíos desterrados de la España medieval, que

1. Es difícil saber con exactitud el número de obras publicadas en judeo-español, porque no existen catálogos completos, si exceptuamos: *Catalogue of judeo-spanish books in the Jewish National and University Library Jerusalem*, Jerusalem 1934, anejo de «Kiryath Sefer», tomo X, pp. 28-37, de Abraham Yaari, al que Jacob da Silva Rosa añade algunas obras en *Additions to the Catalogue of Judeo-Spanish Books in the National Library of Jerusalem of Abraham Yaari*, «Kiryath Sefer», Jerusalem, April 1936, 13th year, num. I pp. 131-137; el de Henry Besso: *Bibliography of Judeo-Spanish books in the Library of Congress (Washington)*, «M.E.A.H.», Granada 1959, VIII, 2.º, pp. 55-134, y el de Ch. Baruch Friedberg: *Bêt 'Éqed S^efarīm*, Tel Aviv 1951-1956 (cuatro volúmenes), que recoge los libros publicados entre 1474 y 1950.

conservaron, durante siglos, su habla cotidiana, el «judezmo o español», en diversas comunidades de Oriente y Occidente.

Desde los comienzos de la Edad Moderna hasta el siglo XIX, la producción literaria sefardí estuvo representada por numerosas traducciones de la Biblia, tratados de exégesis rabínica, libros de moral y de leyes, etc., obras que, en general, respondían al sentido religioso de los sefardíes, nacido del espíritu judaico, acrecentado en el exilio. La necesidad de que la Ley, en todos sus aspectos, llegara a los menos instruidos, a los desconocedores de la lengua santa impulsó el comienzo de esta literatura que alcanzó sus mayores logros con el *Me'am lo'ez*, el más grande y significativo comentario bíblico escrito en ladino, ideado e iniciado por Yaaqob ben Meir Kul-lí, en 1730 ².

A partir de 1850, el proceso de creación literaria en judeo-español entró en una etapa de acercamiento, evidentemente tardío, a la *Haškalá* o «Ilustración», y, por tanto, a la práctica de nuevos géneros y formas poco experimentadas hasta entonces. Surge el interés por la novela, el relato histórico, la tragedia, la ficción, y por toda una literatura de entretenimiento, siempre impregnada de matices ejemplificadores.

No es de extrañar que los autores sefardíes considerasen, en principio, que la labor de traducción, ya no sólo de las Sagradas Escrituras y de los más famosos tratados filosóficos, sino también de las numerosas obras literarias acreditadas internacionalmente, era un buen modo de contribuir a la formación intelectual y moral del pueblo.

Es claro, pues, que la literatura judeo-española, en toda su amplitud, presenta una constante, la religiosidad, a la que se suman, por un lado, el afán moralizador, que, en definitiva, debe conducir a esa misma religiosidad, al correcto cumplimiento de la ley mosaica, y, por otro, el deseo de instrucción de dicho pueblo, que le llevará, a partir del siglo XIX, a integrarse en la cultura universal.

El Libro de Rut, que más abajo transcribimos, es una de las muchas muestras que constituyen el conjunto de la producción netamente bíblica, adoctrinadora, y aparece, formando parte de los cinco

2. GONZALO MAESO, D. y PASCUAL RECUERO, P.: «*Me'am lo'ez*». *El gran comentario bíblico sefardí. Tomo preliminar: Prolegómenos*, Editorial Gredos, Madrid 1964. Tomo I: *B'e-rēsīt (Génesis)*, 1969-1970 y '*Ester*, 1974.

Megil-lôt (rollos), en el primero de los dos volúmenes que comprende el texto bíblico bilingüe (hebreo-ladino) impreso por G. Gripit o Griffit, editado en 1838, en la ciudad de Esmirna, con el siguiente título general: «*Sefer Kitbê ha-qoděš Tôra^h nēbî'im û-Ketûbîm 'im ha'etaqa^h sefaradît Héleq ri' šôn...*» («Libro "Escritura Sagrada". Ley, Profetas y Hagiógrafos, con versión sefardí. Primera parte...»)³.

Esta versión de Rut en ladino, es decir, en castellano del siglo XV escrito con caracteres hebreos del tipo rasî⁴, es una traducción literal del texto hebreo, exenta de comentarios y explicaciones adicionales, cuyo principal valor radica en el arcaísmo y en la hermosura con que se nos presenta el castellano, en honda simbiosis con el alma judía.

Obviamente, el texto requiere un análisis pormenorizado, pero las limitaciones de espacio tan sólo nos permiten hacer algunas observaciones.

Desde el punto de vista morfológico, es interesante la aparición de formas verbales con exponente «-dex- (abergüensedex, alyedex, andedex, detendredex, dexaredex, esperaredex, lyamedex, tiraredex), que representa un arcaísmo castellano, característico de muchos editores sefardíes que lo conservan; asimismo, la presencia de participios activos con terminación apocopada (abentán, azién, binién, pasán, sabién, yazién).

En el aspecto sintáctico, al margen del profuso empleo de la conjunción «i», traducción del *waw*, hay que hacer notar la presencia del artículo pleonástico, traducción del *ha* hebreo («¿De kén la mosa la ésta?»); el infinitivo precediendo a futuro, construcción propiamente bíblica («tirar tiraredex»), y el acusativo interno («enkontró su enkuentro»).

Por último, señalamos que, tras la transcripción del texto, figura un vocabulario en el que hemos recogido los términos extraños al idioma español de hoy

El texto dice así:

3. Vid. RIAÑO LOPEZ, A. M.^a: *Una versión del «Cantar de los Cantares» en ladino, en Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, Universidad de Granada, 1977-79, vols. XXVI-XXVIII, 2.º, p. 185.

4. Escritura implantada en el siglo XI por el rabino francés Šelomo^h ben Yişḥaq (rāsî, en siglas).

R U T

I

¹ I fue en días de ÿuzgar los ÿuezes i fue ambre en la tiera. I andubo *ḡarón* de *Bêt Léḡem Yeḡhûdaḡ* por morar en kampos de *Mô'ab*, él i su muḡer i dos sus iḡos.² I nombre del *ḡarón* *'Elîmélek*, i nombre de su muḡer *No'omî* i nombre de dos sus iḡos *Mahlôn* y *Kilyôn*, *'efratîm* de *Bêt Léḡem Yeḡhûdaḡ*. Y binieron a kampos de *Mô'ab* i fueron alyí.³ I muryó *'Elîmélek*, marido de *No'omî*, i fue romanesida elya i dos sus iḡos.⁴ I tomaron para elyos muḡeres *mô'abîyôt*; nombre de la una *'Orpaḡ* i nombre de la segunda *Rût*. I estubieron alyí komo dies anyos.⁵ I murieron también ambos elyos, *Mahlôn* i *Kilyôn*, i fue romanesida la muḡer de dos sus iḡos i de su marido.⁶ I se aleḡantó elya i sus nueras, i tornó de kampos de *Mô'ab*, porke olyó en kampo de *Mô'ab* ke *ḡiḡitô H.* a su pueḡlo por dar a elyos pan.⁷ I salýo del lugar ke fue alyí, i dos sus nueras kon elya, i andubieron por la karera por tornar a tiera de *Yeḡhûdaḡ*.

⁸ I dixo *No'omî* a dos sus nueras: «Andad, tornad kada una a kaza de su madre. Aga *H.* kon ḡos merced komo izistex kon los muertos i konmigo.⁹ Dé *H.* a ḡos i alyedex olgansa kada una en kaza de su marido». I bezó a elyas. I alsaron su boz y lyoraron,¹⁰ i dixeron a elya: «De sierto, kontigo tornaremos a tu pueḡlo».¹¹ I dixo *No'omî*: «Tornad, mis iḡas, ¿por ké andedex konmigo? ¿Si aún a mí iḡos en mis istentinas i sean a ḡos por maridos? ¹² Tornad, mis iḡas, andad, porke me enḡeḡesí de ser a marido para ke dixese: ¿Ay a mí esperansa? También, si fuere esta noĉe a *ḡarón* i también si pariere iḡos, ¹³ ¿si a elyos esperaredex asta ke se engrandesiesen? ¿si por elyos ḡos detendredex por non ser a marido? Non, mis iḡas, porke amargo a mí munĉo más ke a ḡos, porke salýo en mí mano de *H.*» ¹⁴ I alsaron su boz i lyoraron más. I bezó *'Orpaḡ* a su suegra, i *Rût* se apegó kon elya.¹⁵ I dixo: «Ek tornó tu kunyada a su pueḡlo i a su dyo, torna detrás de tu kunyada».¹⁶ I dixo *Rût*: «Non roges en mí por dexarte, por tornar detrás de ti, porke en lo ke andubieres, andaré, i en lo ke morares, moraré. Tu pueḡlo mi pueḡlo, i tu Dyo mi Dyo.¹⁷ En lo ke murieres, moriré i alyí seré enterada. Ansí aga *H.* a mí i ansí enyada, si otra koza ke la muerte separare entre mí i entre ti».¹⁸ I *ḡido* ke enfortesiense elya por andar kon elya, i bedóse por aḡlar a elya.

¹⁹ I andubieron ambas elyas asta su *benir* a *Bêt Léhem*. I fue komo su *benir* a *Bêt Léhem* i ruyó toda la sibdad sobre elyas, i dixerón: «¿Si ésta *No'omî*?». ²⁰ I dixo a elyas: «Non lyamedex a mí *No'omî*, lyamad a mí Amarga, porke izo amargar el *Šadday* a mí muncô. ²¹ Yo lyena andube, i *hazía* me izo tornar *H*. ¿Por ké lyamadex a mí *No'omî* i *H*. atestiguó en mí i el *Šadday* izo azer mal a mí?». ²² I tornó *No'omî* i *Rût* la *mô'abîya^h*, su nuera, kon elya, la ke tornó de kampos de *Mô'ab*. I elyas *binieron* a *Bêt Léhem* en prisipyo de segada de sebadas.

II

¹ I a *No'omî* konermano a su marido, *barón* baragán de *aber*, de linaže de *'Elîmélek*, i su nombre *Bô'az*.

² I dixo, *Rût* la *mô'abîya^h* a *No'omî*: «Andaré agora a el kampo i kožeré en las espigas detrás de el ke alyare grasya en sus ožos». I dixo a elya: «Anda, mi *iža*». ³ Y andubo i *hino*, i kožó en el kampo detrás de los segadores; i enkontró su enkuentro parte del kampo ke a *Bô'az*, ke de linaže de *'Elîmélek*. ⁴ I ek *Bô'az hino de Bêt Léhem* i dixo a los segadores: «*H*. kon *hos*». I dixerón a él: «Bendígate *H*.». ⁵ I dixo *Bô'az* a su moso, el parado sobre los segadores: «¿De kén la mosa la ésta?». ⁶ I respondyó el moso, el parado sobre los segadores, i dixo: «Mosa *mô'abîya^h* elya, la ke tornó kon *No'omî* de kampos de *Mô'ab*. ⁷ I dixo: Kožeré agora i apanyaré en las gabilyas detrás de los segadores. I *hino* i paróse dezde la manyana i asta agora. Así su estar en la kaza poko».

⁸ I dixo *Bô'az* a *Rût*: «¿Si non oiste, mi *iža*, non andes por kožer en kampo otro i también non pases de akí; i akí te ačuntarás kon mis mosas. ⁹ Tus ožos en el kampo komo segarán, i andarás detrás de elyas. De sierto, enkomendé a los mosos por no tokarte, i si te asedesieres, i andarás a los atuendos i beherás de lo que apozaren los mosos». ¹⁰ I se ečó sobre sus fases i se enkorbó a tierra. I dixo a él: «¿Por ké alyé grasya en tus ožos por konoserme, i yo estranya?». ¹¹ I respondyó *Bô'az* i dixo a elya: «Denusyar fue denusyado a mí todo lo ke iziste kon tu suegra después de muerte de tu marido, i dexaste tu padre i tu madre i tierra de tu nasimiento, i andubiste a pueblo ke non supiste de ayer el tersero día. ¹² Page *H*. tu obra, i sea tu presyo kumplido de kon *H*., Dyo de *Yiśra'el*, ke biniste por abrigarte debaxo de sus alas». ¹³ I dixo: «Alyaré grasya en tus ožos, mi senyor, porke me konortaste i porke ablastaste

sobre korasón de tu sierba, i yo non so komo una de tus sierbas». ¹⁴ I dixo a elya *Bô'az* a ora de la komida: «Alyégate adelante i komerás del pan i entenyirás tu pedaso en el *binagre*». I se asentó de lado de los segadores i estendyó a elya tostado. I komyó i se artó, i izo romaneser. ¹⁵ I alebantóse por kožer, i enkomendó *Bô'az* a sus mosos por dezir: «También entre las gabilyas kožerá i non la abergüénsedex. ¹⁶ I también tirar tiraredex por elya de los manožos, i dexaredex i kozerá, i non esultedex en elya». ¹⁷ I kožyó en el kampo asta la tarde, i sakudyó a lo ke kožyó i fue komo fanega de sebadas.

¹⁸ I alsó i *hino* a la sibdad, i *hido* su suegra a lo ke kožyó. I sakó i dyo a elya a lo ke izo romaneser de su artar. ¹⁹ I dixo a elya su suegra: «¿A dó kožiste oy i a dó iziste? Sea tu konosedor bendiço». I denusyó a su suegra a el ke izo kon él, i dixo: «Nombre del *harón* ke ize kon él oy *Bô'az*». ²⁰ I dixo *No'omí* a su nuera: «Bendiço él a *H.*, ke non dexó su mersed kon los bižos ni kon los muertos». I dixo a elya *No'omí*: «Serkanos a nos el *harón*, de nuestros regmidores él». ²¹ I dixo *Rût* la *mô'abíyah*: «Ke también dixo a mí: Kon los mosos ke a mí te ačuntarás asta ke atemen a toda la segada ke a mí». ²² I dixo *No'omí* a *Rût*, su nuera: «Mižor, mi iža, ke salgas kon sus mosas i non enkontren kontigo en kampo otro». ²³ I ačuntóse kon mosas de *Bô'az* por kožer asta atemarse segada de las sebadas i segada de los trigos, i estubo kon su suegra.

III

¹ I dixo a elya *No'omí*, su suegra: «Mi iža, ¿de sierto buxkaré a ti olgansa ke aboniguará a ti. ² I agora, ¿de sierto *Bô'az* nuestro konermano ke fuiste kon sus mosas? Ek él ačentán a era de las sebadas esta noçe. ³ I te labarás, i te untarás i pondrás tus panyos sobre ti, i desenderás a la era; non te agas konoser a el *harón* asta su atemar por komer i por beher. ⁴ I será en su yazer i sahrás a el lugar ke yaziere alyí, i bendrás i deskuβrirás sus pies, i yazerás; i él denusyará a ti a lo ke arás». ⁵ I dixo a elya: «Todo lo ke dixerés a mí aré».

⁶ I desendyó a la era, i izo komo todo lo ke le enkomendó su suegra. ⁷ I komyó *Bô'az* i behyó i aboniguó su korasón, i *hino* por yazer en kaño del montón. I *hino* akedo i deskuβryó sus pies, i yazyó. ⁸ I fue en meatad de la noçe i se estremesyó el *harón* i se atorsyó, i ek mužer

yazién a sus pies.⁹ I dixo: «¿Kén tú?» I dixo: «Yo *Rût*, tu sierba. I es-
pandirás tu ala sobre tu sierba, porke regmidor tú».¹⁰ I dixo: «Bendiça
tú a *H.*, mi iža; aboniguaste tu mersed la prosterá más ke la primera,
por non andar detrás de los mansebos, si probe i si riko».¹¹ I agora, mi
iža, non temas. Todo lo ke dixerés aré a ti, porke sabién toda siḅdad de
mi puebło ke mužer de ɓirtud tú.¹² I agora, aunke de sierto ke regmidor
yo, i también ay regmidor serkano más ke yo.¹³ Duerme esta noçe, i se-
rá por la manyana, si te regmiere, bien, regma; i si non enɓeluntare por
regmirte, i te regmiré yo, ¡biḅo *H.*! Yaze asta la manyana».¹⁴ I yazyó a
sus pies asta la manyana. I se aleɓantó en antes ke konosiera ɓarón a su
kompanuero, i dixo: «Non sea saḅido ke ɓino la mužer a la era».¹⁵ I di-
xo: «Da el manto ke sobre ti i traɓa en él». I traɓó en él, i midyó sex
medidas de seḅadas i puzo sobre elya, i ɓino a la siḅdad.

¹⁶ I ɓino a su suegra, i dixo: «¿Kén tú, mi iža?» I denusyó a elya a
todo lo ke izo a elya el ɓarón,¹⁷ i dixo: «Sex medidas de las seḅadas las
ésta dyo a mí, porke dixo a mí: Non ɓengas en ɓazío a tu suegra».¹⁸ I
dixo: «Estate, mi iža, asta ke sepas kómo pozará la koza, porke non se
akedará el ɓarón, sino ke kumplirá la koza oy».

IV

¹ I *Bô'az* subyó a la puerta i asentóse alýi. I ek el regmidor pasán
ke abló *Bô'az*, i dixo: «*Alyégate, aséntate akí, fulano enkuɓierto*». I *al-*
yegóse i se asentó.² I tomó dies ɓarones de ɓiezos de la siḅdad i dixo:
«*Asentadɓos akí*». I se asentaron.³ I dixo a el regmidor: «*Parte del*
kampo ke a nuestro ermano, a 'Elímélek, ɓenderá No'omí, la ke tornó
de kampo de *Mô'ab*».⁴ I yo dixé: Deskubriré tu oreža por dezir:
Kompra, eskuentra los asentados i eskuentra ɓiežos de mi puebło; si
regmierés, regme, i si non regmierés, denusya a mí i saɓré, porke non
ay afueras de ti por regmir, i yo después de ti». I dixo: «Yo regmiré».⁵ I
dixo *Bô'az*: «En día de tu komprar el kampo de mano de *No'omí*, í de
kon *Rût* la *mô'abîya^h*, mužer del muerto, kompraste por aleɓantar
nombre del muerto sobre su ɓedad».⁶ I dixo el regmidor: «Non puedo
por regmir para mí, non sea ke danye a mi ɓedad. Regme para ti tú a
mi regmisyón, porke non puedo por regmir».⁷ I ésta de antes en
Yiśra'el sobre la regmisyón i sobre el trueke por afirmar kualquier koza,
deskalsaba ɓarón su sapato i daɓa a su kompanýero. Y ésta la ley en

Yišra'el.⁸ I dixo el regmidor a *Bô'az*: «Kompra a ti». I deskalsó su sapato.⁹ I dixo *Bô'az* a los bježos i todo el pueblo: «Testigos ħos oy ke kompré a todo lo ke a '*Elîmélek* i a todo lo ke a *Kilyôn* i *Mahlôn* de mano de *No'omî*,¹⁰ i también a *Rût* la *mô'abîya^h*, mužer de *Mahlôn*, kompré a mí por mužer, por aleĥantar nombre del muerto sobre su eredad. I non será tažado nombre del muerto de kon sus ermanos i de puerta de su lugar. Testigos ħos oy». ¹¹ I dixerón todo el pueblo ke en la puerta i los bježos: «Testigos. Dé *H.* a la mužer la ħinién a tu kaza komo *Rahel* i komo *Le'a^h*, ke fraguaron ambas elyas a kaza de *Yišra'el*. I az ħirtud en '*Efrata^h* i lyama nombre en *Bêt Léĥem*.¹² I sea tu kaza komo kaza de *Péres*, ke paryó *Tamar* a *Y^ehûda^h*, del semen ke dará *H.* a ti de la mosa la ésta».

¹³ I tomó *Bô'az* a *Rût* i fue a él por mužer; i ħino a elya, i dyo *H.* a elya prenyés i paryó ižo.¹⁴ I dixerón las mužeres a *No'omî*: «Bendiĥo *H.* ke non baldó a ti regmidor oy, i será lyamado su nombre en *Yišra'el*.¹⁵ Y será a ti por azién tornar alma i por goĥernar a tu kaneza, porke tu nuera ke te ama lo paryó, ke elya mižor a ti más ke munĥos ižos». ¹⁶ I tomó *No'omî* a el ninyo i lo puzo en su seno, i fue a él por kriadera.

¹⁷ I lyamaron a él las ħezinas nombre por dezir: «Fue nasido ižo a *No'omî*, y lyamaron a su nombre '*Obed*, él padre de *Yišay*, padre de *Dawid*.

¹⁸ I estos nasimientos de *Péres*: *Péres* enĥendró a *Hesrôn*.¹⁹ I *Hesrôn* enĥendró a *Ram*, i *Ram* enĥendró a '*Ammînadab*.²⁰ I '*Ammînadab* enĥendró a *Nahšôn*, i *Nahšôn* enĥendró a '*Šalma^h*.²¹ I *Šalmôn* enĥendró a *Bô'az*, i *Bô'az* enĥendró a '*Ôbed*.²² I '*Ôbed* enĥendró a *Yišay*, i *Yišay* enĥendró a *Dawid*.

VOCABULARIO

abergüensar = ant. avergonzarse.
aboniguar = inus. alegrarse, sentirse bien de salud; sanar, curar.
aĉuntar = it. «aggiuntare»: añadir, unir, reunir. ant. ajuntar: juntar.
adelantre = ant.: delante.
agora = ant.: ahora.
akedar = ant.: aquietar, sosegar.
akedo = ant. sosegadamente, con calma, con sigilo.
alebantar = alevar: ant. levantar.
apegar = ant.: cobrar apego.
apozar = sacar agua del pozo.
asedeser = arc.: sentir o tener sed.
atemar = heb. *tômah*, ár. turc. «temm»: terminar, agotar.
atorser = atorcer: ant. torcer, separar, desviar.
atuendo = vaso, vasija.

baldar = ant. fig.: impedir, dificultar; anular, eliminar.
baragán = barragán: ant. poderoso, fuerte; héroe, valiente.
bedar = vedar; abstenerse, apartarse.
Bêt Lêhem Yehûdah = heb., nombre de ciudad: Belén de Judá.

denusyar = desus.: denunciar, dar noticia, avisar.
do = ant.: donde.

'*efratî* (pl.: '*efratîm*) = heb. efrateo; habitante de '*Efrata*^h = Efratá (Judá).
ek = lat. «ecce»: he aquí.
enĉeluntar = inus. envoluntar: querer, desear; estimar.
enteniyir = arc.: teñir; mojar.
enyadir = gall. engadir; desus.: añadir, aumentar.
eskuentra = ant. escontra: delante de, junto a; contra, hacia.
espanidir = expandir: ant. extender.
estranyo = extraño, extranjero, forastero.
estultar = ant.: increpar, reprender; entontecer.

fases = cara, rostro, presencia (es hebraísmo).
fraguar = desus.: construir, edificar; componer; estructurar.

H. = heb., *Yahwéh*, Dios.

i = y

í = también.

istentina = inus.: intestino, vientre.

kabo = extremo, fin.
kaneza = ant.: canicie; ancianidad.
karera = carrera, camino.
ken = quien, el que.

konermano = conhermano: ant. primo hermano.
konortar = conhortar: ant. confortar, animar; consolar.
kožer = coger, recoger.
kriadera = criadera: ant. ama de cría.

meatad = metad: ant. mitad.
mižor = prov. millor: mejor.
Mô'ab = heb., Moab; zona montañosa al oriente del Mar Muerto.
mô'abîya^h (pl.: mô'abîyôl) = heb. moabita, perteneciente a Moab.
munčo = muncho: ant. mucho.

olgansa = desus.: holganza, satisfacción, alegría.

parado = encargado, comisionado, prepósito; p.p. de parar: ant. ordenar, mandar.
pozar = posar: cesar.
prosterro = vulg.: postrero, último.

regmir = arc.: redimir, rescatar.
regmidor = arc.: redentor, rescatador.
romaneser = sobrevivir, quedar, permanecer.
ruyir = it. «ruggire»: rugir; estremecerse.

Šadday = heb., omnipotente, Dios.
segada = siega, acto de segar; tiempo en que se siega.
si = si, conj. de condición o suposición, duda, etc.
siḇdad = ant.: ciudad.

tažar = tajar: cortar, dividir en partes.
tostado = grano tostado
traḇar = tirar, coger, sujetar.

Sobre el arte de la caza

Por M.^a Isabel Montoya Ramírez

«La práctica de la caza debe ser tan antigua como el mismo hombre, puesto que el límite entre caza y recolección es una sutileza subjetiva moderna. Pero la caza tiene una larga evolución con etapas claras y diferenciadas, incluso formas por completo distintas entre sí»¹.

Si reflexionamos un poco sobre estas palabras enseguida nos daremos cuenta de que la caza es una actividad primaria ejercida por el hombre desde los tiempos más remotos. Evidentemente, al compás de él ha evolucionado tanto en la forma como en el contenido.

De todos es sabido que, durante la denominada Prehistoria, la caza proporcionaba el sustento a los diversos grupos humanos, pero con el paso del tiempo fueron apareciendo nuevas formas de vida y estructuras económicas emparejadas con avances técnicos, cuya repercusión en la práctica de la misma, en forma de trabajos y armas, permitió que se cargara de nuevos contenidos y fines. En efecto, por un lado se consideraría un medio de subsistencia: contenido y finalidad utilitarios, pues proporcionaba carne, piel, huesos y astas, y su aprovechamiento se veía reflejado en la fabricación de utensilios, cada vez más necesarios en las distintas sociedades; y, por otro lado, un medio de preparación física placentero: contenido y finalidad lúdico.

1. MALUQUER DE MOTES, J., *La Humanidad Prehistórica*, Barcelona, Montaner y Simon, 1954, pág. 67.

De esta forma, una vez superada la primitiva etapa y avanzando en el tiempo, los hombres practicaron el arte de cazar con una nueva perspectiva o intención: el juego, pues, como dice Ortega y Gasset: «a lo largo de la Historia Universal, en todos los tiempos de que hay memoria, desde Sumeria y Acadia, y Asiria y el Primer Imperio de Egipto, hasta la hora incompleta que ahora transcurre, ha habido siempre hombres, muchos hombres, de las más variadas condiciones sociales, que se dedicaron a cazar por gusto, albedrío o afición»².

Naturalmente, éste es un hecho que no ofrece lugar a dudas, porque la aparición de las estructuras sociales jerarquizadas debieron de ejercer su influencia, al igual que en todos los niveles de la vida en comunidad, sobre esta parcela, tan fundamental en su origen, para la supervivencia del hombre. Hasta tal punto debió de ser así que, poco a poco, irían delimitándose dos tipos de caza según su función y utilidad:

—CAZA MENOR: de liebre, perdiz, etc...

—CAZA MAYOR: de ciervo, oso, jabalí y otras alimañas.

La primera siempre conservó su función utilitaria: alimenticia y comercial.

La segunda³, debido a la complejidad y al peligro que encierra su práctica, servía de adiestramiento y preparación corporal, por una parte, y de esparcimiento, por otra. Esta se reservó, casi en exclusiva, a los hombres de armas y a las clases privilegiadas.

Pero establezcamos a grandes rasgos el proceso evolutivo de este arte.

Podemos colegir la importancia que la caza tuvo en la Antigüedad si hacemos un breve repaso por las distintas nóminas divinas de algunos de los pueblos que conformaron otras tantas sociedades. Así, por ejemplo, sabemos que los fenicios y tracios deificaban la caza en las figuras de Cibeles o Astarté, las cuales, posiblemente, tendrían su origen en tradiciones y culturas más antiguas. Relacionada con este tipo de divinidades encontramos en Grecia a Artemisa, diosa de los montes y de

2. ORTEGA Y CASSET, J., «Veinte años de caza mayor», en *Obras completas*, VI, Madrid, Revista de Occidente, 1966-1973, pág. 419.

3. Ciertamente, no siempre este tipo de caza ha tenido una función utilitaria, pues la cetrería, o arte de la caza de aves, ha sido practicada durante siglos como recreo.

la caza, la cual sería posteriormente adoptada por el pueblo romano bajo el nombre de Diana.

Son muchos los escritores clásicos que hicieron hincapié en la importancia de este ejercicio: Jenofonte en su *Ciropedia*; Plutarco en las *Vidas paralelas*, etc... Este último dice acerca de Alejandro el Magno: «Cuando no tenía que hacer (...) pasaba el día en cazar (...). Muchas veces se entretenía en cazar zorros y aves»⁴.

Junto a estos datos, habría que señalar que en toda la producción literaria griega y romana clásica, aparece como noción nudal, dentro de la dialéctica apolíneo/dionisiaca, el tema de la caza como arquetipo de la vida natural opuesto a la vida cortesana. Dos bellos ejemplos de ello son la tragedia *Fedra*, de Eurípides, y la del mismo nombre de Séneca, así como el poema «Attis» de Catulo.

Superada la época clásica, y tras la caída del Imperio Romano, fueron otras culturas las que ocuparon el principal papel en la escena de la Historia Occidental: la cristiana y la islámica. Ahora bien, estas sociedades, tan diferentes en costumbres y religión, tuvieron en común algunos comportamientos, entre los que cabe destacar el que ahora nos ocupa: el ejercicio de la caza.

Limitándonos a la Península Ibérica, y concretamente a los dominios cristianos, hemos de tener en cuenta que en la denominada «Alta Edad Media la caza hubo de tener en ciertos momentos una función de utilidad, de necesidad muy específica: la de contribuir a la alimentación de los ejércitos, en constante movimiento, de la Reconquista. En la sociedad de los siglos VIII y IX, especialmente en los reinos asturianos, los rebaños de ganado y la caza eran abundantes en las zonas que posteriormente se convertirían en yermos. Pero, una vez que se fueron habitando y cultivando las tierras conquistadas, la práctica disminuyó y la utilización de granos y ganado la sustituyó con gran ventaja.

Ciertamente, este cambio económico debió de originar que ya en la Baja Edad Media la caza presentara los dos aspectos distintos mencionados anteriormente: el utilitario y el deportivo. En ellos podemos encontrar un paralelismo actual: la caza utilitaria sería la que hoy lla-

4. *Biógrafos griegos*. Plutarco. «Vidas paralelas» (Alejandro y César), Madrid, Aguilar, 1964, pág. 51-52.

mamos MENOR, y la deportiva, la de entretenimiento, MAYOR. La utilitaria tendería al abastecimiento de muchos hogares campesinos, de los conventos y palacios, y se vendía en los mercados; era, por otro lado, «entretenimiento de plebeyos, curas rurales e hidalgos de poca monta»⁵.

Será en esa época cuando se promocióne la cetrería y se desarrolle la montería, estando considerada esta última como un juego, un recreo, un adiestramiento corporal y militar para reyes y nobles, lo que nos muestra que en la Baja Edad Media este tipo de caza había perdido todo su significado utilitario, pues lo importante era buscar, observar y matar al animal. Es decir, la finalidad no era otra que la de agudizar los sentidos corporales y la de alcanzar una buena preparación física y moral. A este respecto recogemos las palabras de G. DiStefano: «Egli vuole che l'esigenza dell' esercizio venatorio ubbidisca a uno sprone morale prima che a uno stimolo fisico, che sia frutto di una presa di coscienza dei danni dell' ozio e del desiderio di proteggere l'integrità spirituale sviluppando sane energie fisiche. Questo proposito di elevare l'attività cinegetica da un piano esclusivamente edonistico alla sfera di comportamento suscitatore di valori»⁶.

Naturalmente, este sentimiento perduraría en los siglos posteriores y lo recogemos en el *Libro de la caza de aves*: «La caza es un ejercicio necesario para el guerrero medieval porque es arte y sabiduría de guerrear y vencer», y porque «entre muchos bienes que se hallan en la caza hay en ella estos: lo primero, que face al home usar a sofrir mas mayores trabajos, que le face ser más sano y comer mejor y saber mejor la tierra, y los vados y los pasos, y ser más costoso, más franco, —además— no hay cosa que más se allegue con las maneras del caballero que ser montero y cazador»⁷.

Una vez convertida la caza en una actividad recreativa de reyes y señores, y tras la reconquista de grandes zonas peninsulares, esta prác-

5. CASARIEGO, J.E., «Introducción», en el *Libro de la Montería*, Madrid, Velázquez, 1976.

6. DiStefano, G., «Una note su moralismo e didattica nel Libro de la caza di Pero López de Ayala», *Annali dell'Istituto Universitario Orientale, Sezione Romanza*, VII, 2 (1975).

7. *Libros de cetrería de el Príncipe y el Canciller*, con un discurso y notas del Excmo. Sr. D. J. Gutiérrez de la Vega, Madrid, Tello, 1979.

tica se complicó y organizó concienzudamente, de ahí que, a partir del siglo XII, cada expedición al monte se preparara con monteros, perreos y demás especialistas en los oficios venatorios. Un dato hay que tener en cuenta: aparte de los montes comunales y reales ya existían en el Alto medievo los llamados «cotos privados», que eran las tierras que documentos muy antiguos, «a partir del testamento de Alfonso II de Asturias (s. IX), llaman venaciones»⁸. Junto a ello, se establece el estudio exhaustivo de la geografía peninsular cristiana, llegando a conocerse los más alejados rincones donde pudiera darse la caza mayor, y se establece la creación de un cuerpo de monteros reales que estaría encargado de aportar los datos necesarios para estos casos.

Será a partir del siglo XIII cuando se comience a legislar y a plasmar en leyes los derechos y deberes que deben ser tenidos en cuenta para el ejercicio de esta actividad. De este modo, «las ideas jurídicas romanistas que prevalecieron desde la recepción del Derecho Romano frente al de origen visigótico, triunfantes desde el siglo XIII, establecieron en la ordenación cinegética el viejo principio latino de «res nullius cedit primo occupanti»: la caza es cosa que carece de dueño, y pasa a poder del primero que se apodere de ella: primo ocupanti. Las Partidas recogen claramente esta doctrina y exaltan el derecho a cazar y los derechos del cazador; pero, como la propiedad privada de los particulares de tierras cultivadas se había extendido, legislan para hacer compatibles los derechos del cazador con el respeto a la propiedad privada y sus frutos»⁹.

Sobre este particular, hemos de señalar que fue Sancho IV de Navarra (1150-1194) el primero en elaborar una serie de normativas y leyes, registradas en el Fuero de dicho reino, las cuales posteriormente han dado origen a un supuesto tratado de montería: *Los Paramientos de la caza*, pero del que nadie ha tenido noticias, ni ha visto, el código original¹⁰. Más tarde, y en Castilla, Alfonso X el Sabio fija en las *Par-*

8. CASARIEGO, op. cit...

9. CASARIEGO, op. cit...

10. LACARRA, J.M., «Los Paramientos de la caza, de Sancho el Sabio», in Homenaje a J. Caro Baroja, Madrid, 1978, 631-640. Este investigador precisa que la publicación de este supuesto tratado por H. Castillon, es un atentado contra la veracidad histórica, pues únicamente se trata de la adaptación del Fuero General de Navarra.

tidas las normas que debían regir en esta materia. De este modo, en la Partida III, Tít. XVIII, Ley 17, se trata de «como el home gana el señorio de las bestias salvajes e de los pescados luego que los prende», y en la Ley 21 de la misma Partida y Título: «Cuyo deve ser el venado que va ferido e viene otro e préndelo» ¹¹.

A todo lo anterior podemos añadir los datos que nos proporcionan los distintos fueros medievales, en los cuales aparece regulado el derecho de la caza. Expondremos únicamente dos ejemplos: el de Baeza, que contiene el apartado de «caza y pesca» ¹², en el que la primera materia abarca los epígrafes 793-803; y el de Soria, en el que se dice explícitamente: «Sj algunos venadores o caçadores, quier sean cavalleros, quier otros omnes, osso o ciervo o otro venado o otra cosa que sea de caça levantaren, otro ninguno, quier sea caçador o venador, quier no, non lo tome, mientre aquellos que lo levantaron fueren en pos del. Mas sj el venado o la caça fuere qujta dellos fuere en su saluo, maguer sa ferido, cualquier que lo matare esse lo pueda auer» ¹³.

Para seguir haciéndonos una idea de la importancia de la caza en general y de la montería en particular, recogemos la información que acerca de ellas nos da Casariego ¹⁴. Así, después del Rey Sabio, Sancho IV (1282-1295) regula la celebración de las monterías de osos, jabalíes y venados. Alfonso XI (1311-1350) prohíbe cazar con cepos de hierro por los peligros que ello supone para los hombres y animales útiles. Su hijo Pedro I mandó hacer un código de sus cacerías. Jaime II de Aragón (1291-1327) legisla sobre caza mayor y cetrería. Alfonso IV de Aragón (1327-1336) establece las vedas regulares para favorecer la reproducción. Enrique III de Castilla (1390-1406) da una Pragmática extendiendo a todo el reino la veda de primavera. Juan II de Castilla (1406-1454) establece vedas locales con arreglo a las condiciones climatológicas y fauna de cada concejo o región, y prohíbe los cebos con veneno en los ríos.

11. ALFONSO X, *Las Siete Partidas del Rey Don Alfonso X*, Madrid, Imprenta Real, 1807.

12. FUERO de Baeza, ed. por J. Roudil, La Haya, G. Zonen, 1962, págs. 211-213.

13. *Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Hanares*, ed. de G. Sánchez, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1919, págs. 133-134.

14. CASARIEGO, op. cit...

Pero no solamente las leyes tratan y recogen las normas reguladoras del ejercicio de este quehacer, sino que la práctica del mismo encuentra su teorización en el ámbito de la literatura medieval castellana denominada «didáctica», dentro de la cual la venatoria ha dado importantes muestras. Amén de otros manuscritos, podemos reseñar el Ms. V-II-19, perteneciente a la Biblioteca de El Escorial que contiene el Libro de la cetrería, Tratado de cetrería anónimo, Tratado de cetrería del Rey Dancus y el Tratado de cetrería en latín por Valerinus excellens jmperatoris ancipitrarius; el *Libro de la caza*, de Don Juan Manuel, el cual, según algunos especialistas, no es más que una recopilación del tratado escrito por Alfonso X, que no ha llegado hasta nosotros; el *Libro de la Montería*, del cual podemos decir con absoluta tranquilidad que es la obra más importante de este género escrita durante la Edad Media, porque «no se limita a las artes venatorias, sino que describe las especies más características de los distintos lugares de España, con un conocimiento minucioso y hace apología de la caza en lo que tiene de ejercitación de las virtudes de la nobleza»¹⁵. El *Libro de la caça de las aves*, de Pero López de Ayala es otra de las obras medievales que sobre esta materia se escribieron (algunos investigadores piensan que esta obra está basada en el tratado de halconería escrito por Pero Merino, halconero del rey Don Fernando I de Portugal)¹⁶. También tenemos noticias de las obras de cetrería de Juan de Sahagún y de Don Fadrique de Zúñiga y Sotomayor¹⁷. Posteriormente, ya en el siglo XVI, Luis Barahona de Soto escribió *Los diálogos de la Montería*.

Pero esta materia eminentemente aristocrática no quedó relegada en exclusiva a la literatura medieval, sino que también habría de tratarse en la literatura del Siglo de Oro. De esta época citaremos dos obras: *Arte de Ballestería y Montería*, de Alonso Martínez de Espinar, y el *Tratado de la caza del vuelo*, de F. Tamarit de la Escalera.

En cuanto a las obras extranjeras, podemos hacer mención de las siguientes:

15. DIEZ BORQUE, J.M. y A.E. Bordonada, *La prosa en la Edad Media*, I, pág. 141.

16. DiStefano, op. cit. También Tilander en su estudio sobre el *Livro de halconería* opina igual.

17. UHAGON, J., «Los libros de cetrería».

—francesas: *La chasse du serf* (s. XII o XIII); *Miroir de Phêbus ou les déduits de la chasse*; *Roman des oiseaux*; ya en época más reciente, *El Libro del rey Carlos o la caza del ciervo* (s. XVIII), y los tratados de R. de Salnove (1655) y Anville (1763).

—portuguesas: la citada anteriormente de Pero Merino y el *Livro de Montería* feito por D. João Rei de Portugal.

—inglesa ¹⁸. *The Master of Game* (1406-1413) escrito por Eduardo, segundo Duque de York.

De la importancia de este tipo de literatura, especialmente medieval, nos pueden dar idea las ediciones y reimpresiones que de estas obras se han hecho, desde que vieron la luz por vez primera hasta nuestros días.

Respecto a la práctica de la caza, tanto mayor como menor, es evidente que ha seguido ejerciéndose, aunque con el transcurrir de los siglos las regulaciones, las aportaciones armamentísticas y las propias evoluciones y cambios sociales no han podido por menos que dejarse notar.

18. TJERNELD, H., «Una fuente desconocida del *Libro de la Montería*», *Studia Neophilologica*, XXII (1949-50) pág. 175.

El laser en la industria química del futuro

Por José Manuel Calzado Puertas

Como todos sabemos: La Química es la ciencia que se ocupa de las transformaciones químicas. Una de las características de las transformaciones químicas es la ganancia o pérdida de una determinada cantidad de energía. Para conocer y controlar una determinada transformación química es indispensable conocer exactamente su energía transferida. Cuando los átomos o las moléculas que contiene un recipiente se excitan adecuadamente, utilizando calor o presiones elevadas, la reacción deseada se producirá en varias etapas con la formación de numerosos subproductos. Para que la reacción transcurra en una dirección concreta, el químico recurre con frecuencia a un catalizador. Puesto que uno de los objetivos básicos de la Química consiste en debilitar o romper unos determinados enlaces químicos, como preludio de una reacción, cabe pensar en la posibilidad de que la energía necesaria sea aportada en el nivel o frecuencia que resulten más adecuados para conseguir este fin. Este control explícito de los cambios energéticos se está haciendo posible gracias a la utilización del LASER.

Los LASERES son capaces de producir fuentes de energía extremadamente intensas para prácticamente cualquier longitud de onda de las regiones del ultravioleta, visible, infrarrojo o microondas. Las características más importantes del LASER (monocromaticidad y alta intensidad) son ideales para el control de los cambios específicos de energía que provocan o catalizan las reacciones químicas.

Con el fin de poder apreciar el impacto que los LASERES han producido ya en la Química y poder especular sobre el futuro que se

abre ante nosotros en este sentido, es conveniente estudiar más detenidamente la forma en que la energía de las moléculas, los átomos y los electrones resulta afectada por la aportación de la energía LASER. Vamos a ver cómo las limitaciones de la tecnología química convencional se pueden superar o evitar con facilidad mediante un sistema LASER adecuado.

En Química hay dos tipos fundamentales de reacciones: las que transcurren espontáneamente, que no necesitan aporte exterior de energía y por tanto no resultan interesantes para la utilización del sistema LASER; y las, probablemente mayoría de las reacciones químicas de interés industrial en la actualidad y en el futuro, que deben contar con la acción del calor, presión o catalizadores, incluso combinación de ellos. La eficacia con que dichos factores se acoplen a las moléculas reaccionantes determina el rendimiento de la reacción. Por tanto el objetivo va a ser siempre el de comunicar la energía al canal de reacción adecuado, en lugar de hacerlo al azar, con lo que parte de esta energía se pierde en otros posibles canales de reacción. Como el LASER es capaz de suministrar cantidades importantes de energía en una determinada frecuencia, cuyo valor puede corresponder a un canal de reacción en particular, se está convirtiendo en una nueva herramienta de precisión para producir transformaciones químicas.

Una de las propiedades fundamentales de los átomos y las moléculas consiste en que estos cuerpos emiten o absorben energía sólo en cantidades cuantificadas o discretas. Cuando un átomo o una molécula absorbe un cuanto de energía sufre una transformación desde un estado de menor energía hasta otro de mayor energía. Según la energía del cuanto el salto será grande o pequeño y afectará de forma diferente a la molécula. Así: la absorción de un cuanto de energía correspondiente a radiaciones del visible o del ultravioleta se traducen en la elevación de un electrón a un nivel superior; si la absorción del cuanto es de radiación infrarroja altera los niveles energéticos del sistema representado por los átomos de la molécula. En consecuencia, resulta evidente que una fuente LASER puede suministrar a la molécula una cantidad de energía perfectamente cuantificada, dando lugar a una transición específica desde un estado energético determindo (en general fundamental o no excitado) hasta un estado energético superior.

El conocimiento detallado de los niveles energéticos es absoluta-

mente ineludible para proceder a la utilización del LASER con el fin de producir la excitación de determinados estados energéticos para producir o provocar una determinada reacción química. Con anterioridad a la introducción del LASER, la única opción de la que disponía el químico para proporcionar energía a una reacción química consistía en usar una fuente de calor convencional; estas fuentes excitan de una manera indiscriminada y simultánea todos los estados vibracionales de la molécula. Evidentemente las fuentes convencionales de calor y luz pueden ser en cierto modo controladas haciendo que la radiación que emiten pasen a través de sistemas capaces de seleccionar determinadas longitudes de ondas; no obstante este resultado se obtiene a costa de perder la mayor parte de la energía que puede proporcionar un LASER en cualquier intervalo de frecuencia es millones e incluso billones de veces más intensos que el que proporciona cualquier otra fuente de energía convencional aunque utilicemos filtros. Hoy se tienen ya, LASER capaces, en laboratorios y con un tamaño pequeño, de emitir muchos más fotones por unidad de superficie de su haz que los que emite el Sol también por unidad de superficie para una misma longitud de onda.

A raíz de lo que acabamos de exponer, se podría sacar la impresión de que el LASER es capaz de satisfacer todos los sueños de los químicos, proporcionándoles el medio de excitar selectivamente a los reaccionantes, según sus deseos, y controlar una reacción en la forma apropiada para evitar la formación de subproductos. En la práctica sin embargo, la química del LASER resulta afectada frecuentemente por ciertas restricciones que deben superarse antes de que el LASER sea realidad.

Un átomo puede, o una molécula, absorber radiación sólo en forma de cuantos discretos, y puede hacerlo así sólo para aquellos estados energéticos que permite la Mecánica Cuántica. Las absorciones secuenciales de fotones pueden llevar a un átomo o molécula hasta niveles energéticos muy elevados. En última instancia, la energía provocará la extracción de uno o más electrones del átomo, con lo que llevamos al átomo al estado de ión. De una forma análoga una molécula puede disociarse en fragmentos o incluso sus átomos constituyentes. Si observamos este fenómeno desde el prisma de la Mecánica Cuántica podemos considerar que la ionización y la disociación conducen a un estado en el

que existen niveles continuos de energía en lugar de los niveles discretos convencionalmente admitidos.

Por tanto la cuestión que debe plantearse el químico que trabaja con el LASER es ¿Qué sucede con el exceso de energía que ha sido depositado selectivamente por el LASER en un átomo o molécula durante el intervalo de tiempo que transcurre hasta que la reacción se lleva a cabo? ya que en el caso de que la energía se disipa con excesiva rapidez por canales de reacción secundarios, la reacción principal no se llevaría a cabo o si se produce, su velocidad será muy lenta.

Un átomo o una molécula puede perder su excitación a través de diferentes mecanismos. Puede producirse una reemisión de un fotón con la misma energía que la del fotón absorbido originariamente, con lo que volvemos a los estados iniciales de los reactivos. También pueden liberarse de esa energía adicional por choques con otras moléculas o átomos vecinos.

Podemos concebir tres formas de llevar a cabo una experiencia LASER. En la primera de ellas, la reacción en cuestión transcurre en un tiempo menor o igual que el tiempo necesario para que se produzca la transferencia de energía de vibración desde el estado vibracional excitado inicialmente hasta cualquier otro estado de vibración de la molécula. En el segundo tipo de experiencia, la reacción transcurre a lo largo de un tiempo considerablemente mayor compatible con el tiempo que dura la transferencia de energía desde el estado de vibración inicial hasta los estados rotacionales y traslacionales de energía menor. El tercer tipo de experiencia reviste una importancia enorme, ya que se refiere a la disociación molecular que tiene lugar antes de que se produzca cualquier degradación de energía debido a choques moleculares. Bajo estas condiciones, la energía del LASER se utiliza en su totalidad y de una forma selectiva para provocar sólo las reacciones deseadas.

Las reacciones del primer tipo, resultan particularmente adecuadas a la activación con LASER, ya que resulta excitado de una forma preferente un canal de reacción único. En el segundo tipo de reacción, no cabe esperar un alto grado de selectividad; este segundo tipo de experiencia se puede considerar básicamente de calentamiento, ya que la reacción no depende de un estado de vibración específico sino más bien de todos los estados de vibración de alta energía. Este efecto podríamos conseguirlo por un calentamiento convencional. La diferen-

cia la encontramos en el tiempo empleado para conseguir la excitación total; si utilizamos un LASER podemos reducir el tiempo a un microsegundo, mientras que si utilizamos un método convencional el tiempo mínimo rondará el segundo, y esta diferencia es importante ya que cuanto más corto sea el tiempo que transcurre a lo largo de la reacción, más fácil es eliminar los canales secundarios de reacción.

Vamos a considerar ahora los dos tipos de reacciones cuyo estudio resulta ventajoso en fase gaseosa: las reacciones monomoleculares y las reacciones bimoleculares. Los dos tipos de reacción nos llevan a las dos formas diferentes de actuación del LASER en Química: la inducción y la catálisis. Al hablar de la inducción de una reacción por el LASER, nos referimos no sólo al hecho de que provoca la realización de la reacción, sino que además suministra toda la energía termodinámicamente necesaria para llevar a cabo la reacción. Se dice, en cambio, que una reacción está catalizada por un LASER, si este proporciona sólo la energía inicial, tras de lo cual la reacción transcurre por sí misma, sin necesidad de aporte exterior de energía. Las reacciones catalizadas, al no hacer uso del LASER como fuente de energía, son mucho más fáciles de estudiar. Las reacciones inducidas por LASER en cambio, son únicas; y no pueden reproducirse por métodos convencionales de aporte de energía.

Generalmente las reacciones monomoleculares, exigen un elevado aporte inicial de energía, por lo que se les clasifica más bien, como reacciones inducidas por LASER. Las reacciones bimoleculares, las podemos englobar en los dos tipos a la vez. Como todos sabemos para que toda reacción se produzca, debe pasar primero el reactivo (si es monomolecular) o los reactivos (si la reacción es bimolecular) por un estado intermedio de máxima energía llamado: estado de complejo activado. Este estado de transición representa una configuración crítica. Para muchas reacciones de interés nos gustaría saber si el estado de transición al que se llega a través de una excitación con LASER es idéntico al alcanzado por medios convencionales. La respuesta no está aún muy clara, debido a la poca información que sobre reacciones inducidas por LASER se tienen hoy en día.

En estos últimos años se ha dedicado gran atención a las reacciones monomoleculares inducidas por LASERES infrarrojos. El aspecto más interesante de este problema estriba en el hecho de que la

energía que transporta un fotón infrarrojo individual es insuficiente para disociar una molécula que se encuentre en su estado fundamental.

Hoy día se sabe que la absorción de un sólo fotón infrarrojo sólo permite que la molécula suba una pequeña cantidad en lo que a su energía se refiere. Por lo tanto para conseguir la disociación de la molécula se deben absorber varios fotones de la gama del infrarrojo de una manera o forma consecutiva. Este efecto de elevación de energía de la molécula se puede conseguir también si en lugar de utilizar fotones infrarrojos utilizamos fotones de luz visible o del ultravioleta, mucho más energéticos, con lo que con menos fotones y menos tiempo conseguimos el mismo efecto. La mayor parte del trabajo que se ha llevado a cabo hasta ahora se refieren al estudio de las reacciones inducidas o catalizadas por LASER en procesos de excitaciones multifotónicas (absorción de varios fotones consecutivos) con luz en la gama del infrarrojo. Entre las diferentes razones que justifican la realización de dichos estudios cabe destacar fundamentalmente dos. La primera se refiere a la fácil disponibilidad de LASER de infrarrojos de alta potencia y fácil regulación y control; así tenemos que el LASER de dióxido de carbono, el más utilizado en la industria hoy día, es capaz de suministrar un mol de fotones ($6,023 \times 10^{23}$ fotones) a un coste final de unos cuantos centavos de dólar. La segunda razón estriba en la necesidad de investigar el papel que desempeñan los estados excitados de vibración de alta energía en la realización de las reacciones químicas incógnita ésta que no ha sido posible desvelar a lo largo de varias décadas.

El estudio de gran cantidad de reacciones por procesos de inducción o catálisis con LASER han dejado a la luz algunos problemas que solucionar, principalmente, debido a que las reacciones de este tipo transcurren en fracciones de tiempo del orden de microsegundos, tales como las vibraciones de los enlaces, las colisiones moleculares y la distribución de energía en el seno de las moléculas que sufren una disociación con o sin que tengan lugar choques con otras moléculas. No obstante, la síntesis de especies químicas con ayuda del LASER, en pequeños volúmenes, es ya una realidad. En la actualidad se han conseguido preparar ciertos compuestos que, a nivel de los métodos usuales de detección, parecen estar totalmente exentos de subproductos. Incluso algunos productos, difíciles de aislar por métodos convencionales, han sido separados con éxito con la utilización del LASER.

El principal obstáculo que presenta la introducción a gran escala del LASER en la industria química es de orden económico. Hoy día los fotones producidos por un LASER son considerablemente más caros que los que llegan a la reacción por medios convencionales, como son las corrientes de vapor o los que proceden de la combustión de combustibles fósiles. Los LASERES comerciales de dióxido de carbono operan en el infrarrojo con una eficiencia del orden de 5×10^{19} fotones por cada impulso de un microsegundo, por lo que necesitan unos diez mil impulsos para producir un mol de fotones, si la reacción se produce gracias a la acción del LASER, el coste energético será aproximadamente de algunos centavos por varias decenas de gramos del producto. Evidentemente las primeras aplicaciones de este método consistirán en la preparación de productos químicos especiales, farmacéuticos, catalizadores, isótopos raros y en general sustancias cuyo coste supera ampliamente el valor de algunos dólares por kilo.

Por otra parte, cuando el LASER se utiliza como catalizador, en cuyo rol proporciona gran cantidad de moles de producto por mol de fotones, el aspecto económico resulta aún mucho más atractivo. El problema está en encontrar reacciones que se puedan producir con relativa facilidad por encima de la energía umbral necesaria para la formación de un estado excitado que a continuación inicie una reacción en cadena. Estas reacciones se utilizan en la preparación de muchos productos industriales y sólo requieren pequeñas cantidades de catalizador por mol de producto.

Además de los dos mecanismos ya mencionados, en los que interviene el LASER; hay un tercero. El fenómeno en cuestión se conoce desde los primeros estudios del LASER, aunque no se le concedió ninguna importancia; hoy esa postura ha sido reconsiderada. El proceso al que nos estamos refiriendo se le conoce como ruptura óptica o ruptura dieléctrica. El impulso de un LASER extremadamente intenso produce un campo eléctrico alterno muy fuerte. Cuando la intensidad de este campo supera el millón de voltios por centímetros, el gas presente se convierte en un plasma, en el cual todos los electrones son extraídos de sus átomos o moléculas. Bajo estas condiciones, los fotones de un LASER infrarrojo o de radiación visible pueden interaccionar con una molécula aunque su frecuencia no se corresponda con las frecuencias específicas de absorción de dicha molécula y pueden dar lugar a una

reacción relativamente específica a través de un proceso de ruptura. Las reacciones producidas por la acción de dichos campos eléctricos intensos, que interaccionan con la molécula como un todo, son similares a las reacciones químicas que se producen mediante temperaturas muy elevadas, y que tienen lugar en una escala de tiempo del orden de un microsegundo.

Los resultados encontrados en diferentes estudios han demostrado que la ruptura óptica que se produce en el campo intenso de un LASER de dióxido de carbono consiste en una reacción en cadena conocida como ionización en avalancha. Este mecanismo exige la presencia de un pequeño número inicial de electrones. Al sufrir dichos electrones una aceleración en el campo del LASER, inician una avalancha que culmina en una chispa de plasma ionizado. Los pocos electrones iniciales se pueden suministrar mediante partículas de polvo, rayos cósmicos o incluso a través de las mismas ventanas del recipiente de reacción.

Cualesquiera que sean las características precisas de este mecanismo de reacción, podemos afirmar que la ruptura inducida por el LASER se puede llevar a cabo en principio con cualquier especie molecular capaz de ser llevada al estado gaseoso. Esto significa que las reacciones químicas inducidas por el LASER se pueden estudiar para muchas sustancias que carecen de estados energéticos capaces de absorber fotones con longitudes de onda específicas disponibles en los LASERES. Evidentemente, se hace necesario proceder a un estudio caso por caso con el fin de determinar si la ruptura inducida por el LASER resulta ventajosa o no respecto a la aplicación directa del calor o de simples descargas eléctricas continuas. Sin embargo, algunos estudios han demostrado que la ruptura inducida por el LASER es capaz de proporcionar ciertos productos específicos que resultan más difíciles de obtener recurriendo a otros métodos de excitación.

Por otra parte, las reacciones inducidas por una ruptura dieléctrica producida por un LASER pueden ofrecer ciertas ventajas económicas con las reacciones de excitación específicas. La eficiencia de las reacciones de este último tipo resulta ser máxima cuando los reactivos gaseosos están sometidos a baja presión. Esto produce una seria limitación en relación con los volúmenes de producto que se pueden obtener. Pero si esta ruptura dieléctrica está inducida por un LASER permite que los gases reaccionantes estén a presiones muy elevadas, con lo que

el rendimiento se hace mucho mayor. Como a esto hay que añadir la posibilidad de que la reacción se pueda producir en cadena, las perspectivas económicas resultan ser aún mayores. Ultimamente se ha comprobado que las rupturas ópticas, inducidas por el LASER se pueden aplicar también a la preparación de sólidos finamente divididos.

Varias ramas de la industria química estudiando con gran atención las aplicaciones del LASER a los procesos comerciales. Los éxitos conseguidos a escala de laboratorio mediante el LASER en la separación de isótopos, la separación química, síntesis química y la extracción de sustancias trazas de corrientes gaseosas a las que se exige un grado de pureza muy elevado, exigen un esfuerzo muy considerable en el aspecto de desarrollo.

El motivo por el cual los LASERES no han producido un impacto aún mayor en la industria química es puramente económico. Sin embargo, la tecnología del LASER sigue progresando de forma continua y muy positiva, consiguiendo que los costes de los dispositivos utilizados disminuyan en términos relativos a medida que aumenta su eficacia. En la actualidad los costes son ya competitivos para el caso de productos farmacéuticos y otros productos químicos delicados. Es más que probable que en unos años asistamos a un gran avance y desarrollo de los rayos LASER en el campo de la Química Industrial.

Descripción del medio Marroquí en Madrid

Por Encarna Cabello

La inmigración marroquí empezó a darse en España como fenómeno social, en los años en que comenzó la emigración española a Europa, es decir, finales de los 50 principios de los 60, coincidiendo con el último auge del capitalismo.

La mano de obra marroquí resultó siempre barata para los empresarios españoles: peor pagados que los oriundos del país (sobre-explotación), sin seguros sociales en su inmensa mayoría. El capital quedaba con las manos libres para desembarazarse de estos trabajadores cuando la ocasión lo requiriera.

Eso fue lo que ocurrió a gran escala cuando llegó la recesión económica de los años 70. De igual modo que los emigrantes españoles en Europa tenían cada vez más dificultades para continuar en sus puestos de trabajo, aquí también se encarecían los Permisos de Trabajo y de Residencia, mientras que las autoridades marroquíes ponían trabas para la obtención de pasaportes: la llave para la emigración.

Por tanto, la estancia aquí pasó a ser ilegal para muchos de ellos, y el recuento del número total que suman en España y en las capitales en donde más se asientan, se hace difícil.

Sin embargo, como las malas condiciones económicas en Marruecos seguían e incluso aumentaban por razones interiores —empezaron tras la independencia (1956), con la salida del capital extranjero de las metrópolis francesa y española—, y también bajo la influencia de la crisis económica internacional del capitalismo, los marroquíes seguían y siguen viendo en la salida a Europa la única oportu-

tunidad de escapar a la miseria, aunque luego, en muchísimas ocasiones, resulte que la miseria a encontrar en las capitales europeas sea más difícil de soportar, pues aquí están sin la familia: ese seguro de desempleo que se da en los países del Tercer Mundo, así como en las sociedades marginadas y marginales.

Pero el hombre no puede pensar en pasar el resto de su vida viviendo de la solidaridad familiar, mucho más cuando piensa en casarse y en fundar una familia él a su vez, o cuando ya está casado y tiene unas responsabilidades de manutención con la mujer e hijos: esto resulta evidente cuando la propia cultura y la religión le exige *cumplir* con esas obligaciones, cuando en ello reposa en gran parte su virilidad.

La estadística de la población marroquí en España es difícil de hacer, pues se conoce el número de los que están en posesión del permiso de residencia y de trabajo: son unos 3.000, muchos de ellos son comerciantes rifeños y judíos, establecidos en el país desde hace muchos años, y con cierta vinculación entre ellos.

También puede saberse que aquellos que sólo cuentan con su pasaporte son aproximadamente unos 32.000.

Pero del resto que pulula por la Península, tras haber entrado clandestinamente, sin que su país se haya avenido a extenderles un pasaporte, que son detenidos, llegando a pasar en las cárceles españolas hasta períodos de algunos meses —ilegalmente según la Constitución de 1978— antes de ser devueltos a su país, y que vuelven a entrar con tesón de mil maneras subrepticias, no hay recuento posible.

En Madrid, según datos de la Embajada marroquí, habría en total unos 3.600, incluidos los indocumentados, pero la opinión general de los propios marroquíes y los datos observados en publicaciones hace pensar que son unos 2.000 más. Barcelona supera a Madrid, cuenta, según los mismo datos oficiales, con unos 5.400.

TIPOS DE EMIGRACION

La emigración ha sido fundamentalmente masculina, de hombres solos, ya fueran solteros o casados. Los primeros, o bien encuentran pareja aquí, mayormente entre españolas, pues el número de mujeres marroquíes en Madrid es pequeño y descompensado en comparación con el de hombres, o bien se casan en su país, trayendo a la mujer aquí, o dejándola en Marruecos, con su familia. Los hombres casados, tam-

bién emigran solos en muchas ocasiones.

En cuanto a las mujeres, las hay también solteras y casadas. Las primeras emigraron bien con la familia, o solas. Entre las casadas, algunas vinieron con el marido, y otras llegaron solas a trabajar: huyendo de un matrimonio nada satisfactorio, o bien ya en condición de divorciadas.

DISTRIBUCION URBANA Y MEDIOS DE VIDA

Hay dos focos importantes de asentamientos marroquíes en Madrid: uno corresponde al barrio del Pilar, siendo en su casi totalidad matrimonios emigrantes. El nivel de instrucción es bajísimo, siendo casi siempre aún más bajo el de la mujer, que tiene menos contactos con los españoles. Ellos trabajan en la construcción, mayormente, y algunos en fábricas. Las mujeres lo hacen como empleadas externas del servicio doméstico.

El otro foco tiene como epicentro la zona del Rastro de Latina e inmediaciones. Aquí la composición es más variada, entran emigrantes solos y familias. La mayoría de ellos viven del comercio callejero, puestos en los Rastros, o en las calles céntricas.

Otros van y vienen con mercancías a Marruecos: llevan ropa y productos de España, que venden allí a buen precio, traen ropas y utensilios marroquíes que aquí llevan a los almacenes, éstos los venderán a otros marroquíes, que o bien disponen de una tienda, o bien lo venderán en la calle.

Ultimamente, con el nuevo sistema de venta de billetes de metro, bastantes de ellos que se encontraban sin ningún medio de vida, se lanzaron a la reventa de billetes, y hay que decir que esto les mantiene solucionadas sus vidas de momento. Algunos hay que trabajan en restaurantes, bares, y otros hay que lo hacen en actividades menos ortodoxas.

Las condiciones de alojamiento tanto de emigrantes solos como en familia son poco cómodas, pues los segundos se ven abocados a compartir con los hijos viviendas reducidas a su mínima expresión.

Los emigrantes sin familia viven en pensiones en la zona centro de la capital ya detallada antes. Estas pensiones apenas reúnen las mínimas condiciones para dormir y cocinar. Cocinando se pueden ahorrar dinero, además que es más cómodo y agradable poder prepa-

rarse platos, incluso de cocina magrebina.

El estado higiénico, de luz y ventilación, es lamentable. Luz artificial deficiente: bombillas de pocas bujías, sin lámparas que hagan posible el estudio, apenas una mesa plegable e incómoda.

La mayoría de ellos comparten la habitación para que les salga más económico, lo que hace que la intimidad personal sea escasa, pues por una parte puede hacer nacer la amistad y confianza, pero también la suspicacia y agresividad, mucho más cuando ambos están viviendo en condiciones de supervivencia.

Por supuesto, que una habitación así no fomenta en absoluto el desarrollo intelectual del individuo: no hay posibilidad de concentración para pensar, leer o escribir. Y al hacerse tan poco agradable la estancia allí, estos hombres prefieren salir a saborear el ambiente de las calles céntricas: vida de cafés, en donde encuentran a otros compatriotas en su misma o parecida situación, donde es posible la charla —uno se pone al tanto de las noticias de los otros paisanos— la bebida, y la distracción en general.

Otro tipo de colocación que encuentran en España los matrimonios marroquíes es el servicio doméstico interno: ellas como criadas y ellos trabajando de chófer y jardinero.

Las condiciones de la emigración marroquí en España son muy diferentes de las de esta misma población en países europeos como Holanda, Bélgica o Suecia. Una diferencia primordial es que mientras en estos países hay organismos especiales que se encargan de la emigración, creando toda una red de atenciones sociales, tanto para los emigrantes como para sus hijos, en España es la Dirección General de Seguridad quien se ocupa de la inmigración.

En la Europa Norte, el más alto nivel de vida, el número mayor de puestos de trabajo, confiere mayor bienestar económico y social a los emigrantes, sintiéndose éstos en posesión de unos derechos, lo que favorece en ellos una mayor conciencia social, que pueden encauzar de la manera que vean más conveniente.

MUJERES EN LA EMIGRACION

Su trabajo en la emigración es el servicio doméstico, pues carecen de títulos académicos y profesionales para realizar otro trabajo, y aquella que los tiene, compite en el mercado de trabajo con las españo-

las, por tanto también se ve abocada a ello.

La mayoría son casadas, viviendo con el marido, y trabajando como externas.

Las solteras y divorciadas trabajan como internas, pues así se evitan preocupaciones de alojamiento y comidas, haciendo más ahorros. Además de ser esta situación para sus familias (más garante) de su buena conducta.

CONVIVENCIA ENTRE MARROQUÍES Y CON LOS ESPAÑOLES

Los marroquíes, como cualquier población emigrante en general, donde quiera que estén en calidad de tal (Holanda, Bélgica, España, etc.) organizan su vida de cara a pasar el máximo de su tiempo con ellos mismos, y si se reúnen con algún español —o europeo en general—, éste pertenecerá a su mismo «status» social —que suele coincidir con el del «lumpen», por lo que quedará IMPERMEABLE a la moral del país de residencia, tomando sólo de él actitudes exteriores, como son: salir con chicas «libremente», sentirse fascinado por la sofisticación de pubs, discotecas y otros lugares de diversión, crearse hábitos consumistas, etc. Pero sus prejuicios seguirán en pie.

Incluso a nivel de gente joven el contacto que se da es *superficial*, con una población que quiere ir de superficial, como son determinados grupos bastantes visibles en nuestra sociedad: llámese rokers, punks, etc. El intercambio cultural y de ideas es mínimo: por tanto, ni los jóvenes españoles aprenden nada nuevo de nuestros vecinos, con los que un día formaron parte de una sola cultura, ni los marroquíes se aproximan a la perspectiva de ideas y de vida a que se llega en el mundo occidental, tras la acumulación de experiencias.

El racismo se observa poco a nivel de la calle, contrariamente a la realidad de otros países, pero todos sabemos del fantasma del «moro» que ronda en la conciencia colectiva de los españoles, que puede manifestarse en cualquier momento, y que de hecho se manifiesta. Ellos tienen ocasión de comprobarlo en la misma clase social con la que más contacto tienen.

Yo también, en el tiempo que ha durado mi trabajo entre ellos, he tenido oportunidad de sentir pudor ante determinadas reacciones observadas en españoles, simplemente por el hecho de tratarse de

marroquíes, ya fueran hombres o mujeres. Sus actividades laborales en España, son más o menos conocidas de todos, lo que levanta más suspicacias.

ENTRE MARROQUIES

Hay una agresividad originada y acumulada en su país, que emigra con ellos. Y puesto que el nuevo medio está lleno de obstáculos, y, por tanto, sigue siendo amenazador su entorno, las manifestaciones de esa agresividad se hacen sentir a la vista de todos.

Pero tal violencia no es un arma que sirva para liberarles de una situación injusta y en muchos casos asfixiante, no, no es liberadora, sino **DESTRUCTIVA** de ellos mismos, colabora con la máquina del sistema que crea su infelicidad.

Los encuentros se dan entre los mismos compatriotas. Se buscan tanto para abrirse camino en la supervivencia diaria como para pasar las largas horas de inactividad productiva, toda esa extensión de tiempo libre del que disponen, y que cubren en los cafés, atraídos por la familiaridad que ellos mismos crean.

Un café frecuentado por marroquíes no es el típico montado por la gran urbe en donde cada cual ocupa su plaza en la barra o en la mesa, y no la deja hasta la salida, en donde los grupos son cerrados y se reprueba con la indiferencia la interacción con los otros parroquianos.

Los marroquíes interaccionan entre ellos y con los españoles que por allí estén, si se prestan a ello. Es por esto que el café se convierte en lugar de estancia ideal, porque se da la reunión, la conversación, y cuando ésta se acaba, la soledad de uno con su vaso, y también se procura una ciertas evasiones exhalando el humo de la hierba, en compañía de otros.

Tal contacto continuado e intensivo se da en un transfondo de desconfianza general entre ellos mismos: pueden pasar prácticamente todo el día juntos, y, sin embargo, no considerarse amigos. Es más, son ellos quienes cuando te acercas y entablas conversación intimista, espontáneamente sin tú plantearte esa cuestión —pues te parece tener delante camaradas unidos por la más estrecha complicidad—, te confiesan en actitud de víctima que no tienen amigos, que a lo mejor están más cerca de alguno, pero sólo depositarán en él una relativa confianza.

Esto puede entenderse en un medio de **SUPERVIVENCIA**, donde

el otro es visto como un competidor, por tanto, como un enemigo en potencia. La amistad-fidelidad es difícil aquí, pero es necesario al menos contar con una persona de la que te puedas fiar, así aparece el *amigo*, ese del que se confía hasta cierto punto.

Es la ley de sálvese quien pueda. La poca confianza se convierte en sospechas de hostilidad cuando la susceptibilidad es herida en el menor detalle. Al siguiente contratiempo, la hostilidad ya es abierta, y el empleo de la fuerza no se hace esperar, o bien los puños, o una navaja, vengan el orgullo herido, sin el menor temor de ir a parar a la cárcel.

Aquí podríamos considerar la estrecha relación que guarda el machismo con su vertiente de salvar su orgullo de hombre y el pasar a defenderlo con los medios que sea. Nos encontramos, pues, de bruces con ese diálogo entre hombres que es el machismo. Son ellos quienes han de entenderse, y en esa dirección emplean el lenguaje propio de ellos, el de la agresión física, excluyendo el razonamiento, ya que no se escucha, no se emplea tal capacidad y queda atrofiada.

Así es como resulta evidente la vulnerabilidad de estos marroquíes para caer en prisión. Hablábamos antes de venganza, la venganza se transforma en «vendetta», pues el grupo familiar toma partido por el pariente agredido, sin querer saber los motivos de la disputa. Y no importa que mientras un hermano está luchando entre la vida y la muerte en un hospital, el otro se arriesgue a entrar en prisión en su afán de venganza, lo que importa es ésta en sí, que se convierte en justificación de la existencia.

La situación del emigrante es de INSEGURIDAD, por ello prefiere transitar a ser posible sólo por la zona ya conocida, por si algo pasa estar seguro ante cualquier eventualidad —nos referimos a la inseguridad social y psicológica—.

La cárcel como instrumento de la violencia institucional

Por Guillermo Orozco Pardo

- I.—Introducción.
- 2.—Evolución histórica de la Institución Penitenciaria en nuestro país.
 - a) Los primeros tiempos.
 - b) La cárcel de los Austrias.
 - c) Los Borbones: inicio de las reformas.
 - d) Desde la II.^a República a nuestros días.
- 3.—Conclusión.
- 4.—Bibliografía sumaria.

1.—INTRODUCCION: ESTADO, VIOLENCIA-FUERZA, DEMOCRACIA Y CAMBIO POLITICO

El tema de la violencia del Estado será siempre objeto de múltiples polémicas, pues desde los partidarios de un fuerte Estado totalitario, hasta los que defienden la disolución del aparato de Estado, es decir desde fascistas a anarquistas, todos tienen su propia visión del tema.

Así, para unos el Estado es «el gran mal» y por ello todo está permitido en la lucha contra él, sea cual se la forma que tenga: socialista, dictadura o democracia. Ello porque es un aparato construido para explotar y alienar al hombre, a través de una violencia de opresión institucionalizada, por lo que toda violencia en su contra es legítima.

«Esta teoría nihilista, y a la vez dictatorial, es en verdad una teoría acrítica del Estado, una teoría que —por su seudorradicalismo e indefinición— no introduce ni instancias críticas plausibles, ni alterna-

tivas válidas concretas al negativo Estado actual».

Estas palabras de Elías Díaz, pueden aplicarse al tema que nos ocupa, porque ciertamente al estudiar el tema, es fácil caer en esa postura descrita, o bien en la contraria: defender y legitimar siempre y en todo caso al aparato de Estado y su actuación, amparándonos en ese «hombre-lobo» de Hobbes, para justificar la necesidad de un Poder fuerte que nos coaccione a todos, evitando así la posibilidad de comportamientos antisociales; esta postura puede definirse en las palabras de Lactancio: «Si el miedo no protege al Estado, el Imperio terrestre se disolverá».

Nuestra crítica a ambas posturas no busca callar y justificar violaciones de derechos y corrupciones del poder, por «razones de Estado», ni menos aún hacer concesiones gratuitas de legitimidad al Estado, sino mostrar la imagen que merece ese Estado, tal y como se nos presenta.

Todo ello porque las formas políticas que adopta el Estado, afectan a su fondo ético y a la participación de los sujetos de esa comunidad en él, y eso es algo que no debemos olvidar, calificando por igual un Estado Democrático y una Dictadura.

Defiende Conor Cruise O'Brien, (antiguo miembro del Gobierno de Irlanda y hoy director de «The Observer»), que la violencia institucionalizada es un instrumento de todo Estado organizado, «ya que sin la posibilidad de disponer de ella, cualquier Estado se desintegraría», pero sólo puede justificarse en un Estado Democrático, en el que sus instituciones pueden ser modificadas por medios pacíficos, sin precisar la violencia. Por ello a esta violencia del Estado democrático la llama «fuerza», pero sólo se utiliza contra los enemigos violentos, y además, esa fuerza puede ser controlada y criticada, corrigiendo sus abusos.

Esta sería la base para justificar esta fuerza, distinguiéndola de la violencia de los Estados dictatoriales, que la emplean para mantener situaciones injustas.

Esta violencia se convierte simplemente en un instrumento de una élite para mantenerse en el poder, y defender sus intereses.

Distinta es también la violencia que hoy emplean los llamados «terroristas» para derrocar al Estado y constituir uno nuevo en base a sus ideas, que significaría un nuevo aparato de Estado, que también encontraría oposición.

Uno de los medios de proyección de esta «fuerza institucionaliza-

da» es la Cárcel, el instrumento represivo, temporal, que se emplea para recluir espacialmente al individuo que no cumplió el mandato contenido en la norma. Es también el lugar donde se le aplica la Pena, como «venganza» de la sociedad al que infringe sus normas, y sirve como ejemplo y vehículo de «reeducación y resocialización» del infractor.

La Cárcel, el sistema carcelario, es el fruto de la tensión entre la libertad y la dignidad del hombre, con la seguridad de la sociedad-Estado que las tutela. Es a la vez pena y medida preventiva, y, últimamente, medio de reforma y corrección del delincuente, pero siempre ha sido el lugar donde se ejerce la violencia-fuerza del Estado sobre el individuo que no siguió la conducta impuesta por las normas imperantes en su comunidad.

Pasamos ahora a estudiar un breve recorrido histórico por la vida de esta institución, para lo cual atenderemos a una división en períodos, poco científica, pero que atiende a los momentos de cambios más importantes en la misma.

2. EVOLUCION HISTORICA DE LA INSTITUCION PENITENCIARIA EN NUESTRO PAIS

a) *Los Primeros tiempos:*

Ya en los diálogos platónicos se habla de la Cárcel como una pena que debe ser aplicada como medio de reforma y rehabilitación del delincuente.

En el principio, la fuerza se va a ejercer sobre el físico del delincuente: mutilaciones, penas infamantes, etc... Estos sistemas que operan sobre la realidad física del reo, el Romano y el Visigodo, tiene como nota característica, la falta de un sistema penitenciario correlativo. Sus campos de acción son: condena al deudor a servir a su acreedor, destierro, confiscación de sus bienes, o bien castigos físicos, mutilaciones, marcas, etc... pero siempre se actúa sobre el aspecto físico: el cuerpo y los bienes materiales.

Todo esto tiene su origen en la inmediatividad entre la transgresión de la norma y su castigo: se le detiene, se juzga su infracción y se le aplica el castigo; después se le deja en libertad. Por ello no se necesita una cárcel como, lugar para cumplir una condena. Tan sólo más adelante aparece una cárcel para los deudores, pero más como medio de coac-

ción al pago, que como lugar de castigo a éstos.

En la Edad Media destaca la mazmorra, que tiene un significado definido: es el lugar para encerrar al enemigo, donde se le margina hasta morir o conseguir de él determinada actitud, o bien para aplicar la tortura y obtener determinadas informaciones, pero no como un recibo para recluir a los delincuentes.

No es, por tanto, hasta la aparición del Estado Moderno el momento en que aparezca la Cárcel con las características que le atribuimos.

b) *La Cárcel de la época de los Austrias*

En primer lugar debemos señalar que ahora se pasa ya a castigar al reo en el «alma», castigándole sobre bienes espirituales: libertad, dignidad y honrra. El físico: dolor, mutilación, pasan ahora a ser instrumento de la «dialéctica reo-Estado». El preso es un «detritus» social, un ser antisocial, que debe ser marginado, y a veces, suprimido.

Por todo ello, la Pena es un castigo y un ejemplo de lo que le sucede al que desafía al Estado, y además, es la venganza que ese Estado ejerce sobre él. Para poder aplicarla, sin que resulte un injustificado y estéril acto de fuerza, es necesaria una culpabilidad reconocida, por ello todos los esfuerzos del sistema se van a orientar a conseguir la mejor de las pruebas, la más definitiva de las justificaciones: la confesión del reo de su propia culpa. Escribanos, jueces, verdugos, inquisidores, todos se lanzan a luchar contra el reo, con torturas, promesas, miedos, para conseguir la victoria suprema sobre él: la confesión. Si el reo confiesa, el castigo será justo, merecido, ejemplar y las conciencias quedan tranquilizadas; «el Príncipe ha hecho justicia» y su fuerza es útil y necesaria, pues se emplea sobre los que no respetan las normas establecidas, aparta a los que no merecen vivir en la comunidad.

En la Cárcel de esta época, lo primero a destacar, es la falta de un régimen disciplinario de convivencia, con lo que se provoca la existencia de abusos, injusticias y degradaciones de todo tipo.

El reo es presentado en el registro de entrada por el alguacil que le prendió, allí se harán constar su identidad y las circunstancias de su prendimiento. A continuación, pasa a manos del carcelero, quien le dará acomodo según su capacidad económica y su generosidad. Por tanto será el soborno el medio de lograr mejor acomodo, mejor servicio, e incluso más libertad. Cabe que los nobles puedan cumplir su condena

en su propio domicilio, o en el del Alcaide, el alguacil o el del carcelero (ej. «El Buscón» de Quevedo).

La estructura de la cárcel está formada por varias secciones: dormitorios comunes, un patio con tiendas y cantinas y «enfermería» que hace también las veces de capilla. Dentro de esta estructura existían zonas destinadas al acomodo de los presos de mayor categoría que pagaban una cantidad por tener un acomodo acorde con su bolsa y categoría, incluso podían salir a la calle con sólo sobornar a la persona adecuada.

Junto a ello podemos señalar la existencia de una administración corrompida: juez, alcaide, alguacil, carceleros, abogados, etc..., forman toda una cohorte de parásitos que viven a costa del reo, pues la libertad, el mejor acomodo, todo puede conseguirse por medio del soborno a la persona adecuada.

El Alcaide arrienda los cargos dentro de la cárcel a individuos que pagan por ellos, pero obtienen una elevada rentabilidad por el desempeño de los mismos.

La Cárcel contiene una estructura social que es una réplica de la sociedad exterior: una «clase alta» formada por los presos nobles y acomodados, con sus sirvientes, etc..., «clase media», formada por los presos que viven del trabajo que realizan en la misma: barberos, cantineros, zapateros, etc... y la «clase baja», presos sin recursos económicos propios, que viven de prestar servicios a los de mayor «categoría».

El «funcionariado», porteros, sota-alcaide, etc... está formado por presos que han pagado por el arrendamiento del cargo al alcaide y lo desempeñan en su beneficio, siendo así instrumentos del poder en el seno de la «sociedad carcelaria».

El preso debía subvenir a su propio mantenimiento, pues el Estado no se ocupa de ello, por lo que los de baja condición se ven obligados a servir a los otros para subsistir.

Era pues, la sociedad de los marginados, que paradójicamente, reproduce a escala, como un duplicado, la sociedad exterior que les repudió, y cuyas normas no aceptaban.

c) *La Cárcel en la época de los Borbones: inicio de las reformas.*

Dice Carlos III en su: «Instrucción para Corregidores»: «Cuidarán de que los presos sean bientratados en la cárceles, cuyo objeto es solamente la custodia y no la aflicción de los reos».

Lardizabal, ministro de este rey, dice: «en nuestras cárceles hay exacciones indebidas, opresiones injustas y acepción de personas, reguladas únicamente por el interés y codicia de los subalternos». El rey expresa buenas intenciones, el ministro muestra realidades.

Lo primero que atrae la atención es la indeterminación de las penas y la famosa «cláusula de retención». El juez o la autoridad gubernativa, pueden cambiar o alargar las penas; así conmutan penas de muerte o torturas por la de galeras, pena ésta, muy temida, pero muy útil con objeto de esforzar por todos los medios el corso contra los argelinos».

La «Cláusula de retención», permite retener al reo, acabada la pena, por tiempo indeterminado, hasta que la autoridad competente informe favorablemente a su liberación.

Existen dos clases de penas, una para los autores de «delitos no atroces», de los cuales cabe esperar enmienda, y otra para los que cometen «delitos feos y denigrativos, de los que no cabe presumir una esperanza de enmienda». Los primeros son destinados a los presidios de Africa, los segundos son reclusos en centros de la Península, pues se teme de ellos una fuga y su posterior alistamiento en las fuerzas del Emperador de Marruecos.

Otra nota a destacar es la utilización de los presos como fuente abundante y barata de mano de obra para las obras públicas que entonces se acometen y para las grandes compañías privadas. Así van a ser los reos los que construirán carreteras, vías férreas o trabajen en las minas de Almadén, todo ello por unos «salarios» realmente míseros. Por lo tanto se les utiliza como brazos para las galeras o como «subproletariado», pero siempre como sujetos de explotación por parte del poder.

Con la llegada del liberalismo se va a iniciar una época de reformas. *La ley de Bases de 1861* preveía la implantación de un sistema penitenciario con centros habitables, «supresión de castigos crueles y degradantes» y una regulación del trabajo de los presos.

La Restauración deroga esta ley, llegando tan sólo a ordenar una reestructuración administrativa y una reforma en el Cuerpo de Prisiones, así como una regulación del trabajo del preso.

El régimen interior de la prisión, así como su estructura, se debaten entre distintas concepciones teóricas, que responden a distintas concepciones del preso.

En primer lugar tenemos «El Sistema Celular o de Filadelfia»: pa-

ra éste, el preso es una «voluntad desviada», por lo que se le debe evitar cualquier contacto pernicioso; sólo debe tratar con «voluntades correctas», como sacerdotes, guardias, etc... que le serán beneficiosos. Así podrá corregirse «por medio de la autorreflexión y el contacto con voluntades correctas». Fruto de esta teoría es la Cárcel Modelo de Madrid, cuyos resultados fueron imprevistos y, a veces desastrosos, pues la soledad, el complejo de culpa, etc... produjo en los presos resultados trágicos como el suicidio.

El llamado «Sistema Mixto o de Auburn», hace separar a los presos para dormir, pero haciéndoles convivir para trabajar y relacionarse durante el día, siempre seleccionándoles según criterios de peligrosidad, pena, etc...

En definitiva, el que más se aplicó fue el denominado «*Sistema Progresivo o Irlandés*», que empezó a aplicarse en Irlanda. Este busca provocar en el reo una situación de progresivo deseo de corrección, y para ello se preve un progresivo mejoramiento de las condiciones del preso, conforme va quedándole menos tiempo de condena, atendiendo y valorando su conducta. Se admite el trabajo fuera de la Cárcel, salidas temporales vigiladas, y se propone una agrupación racional y ordenada de los presos dentro del recinto de la Cárcel.

Entre los centros donde se aplicó podemos citar el Presidio de Ceuta, en primer lugar, extendiéndose luego al resto del país, por Real Decreto de 5 de Mayo de 1913.

d) *Desde la II República a nuestros días:*

En esta época encontramos como responsables más directos a F. de los Ríos y a Victoria Kent, Ministro de justicia y Directora de Prisiones, respectivamente.

Se inicia una mejora en las condiciones materiales y en la esfera personal del preso. Se realiza una renovación de camas, comidas, ropa, etc... Desaparece «la celda de castigo», con los grilletes, cadenas, etc..., se funde una estatua a C. Arenal, en Madrid; se suprime la inspección de la correspondencia, se permite la libertad de culto, la asistencia a misa se hace voluntaria, se permite la entrada de prensa a los reclusos; mejoras que indudablemente permiten pensar que la «desconfianza» hacia el preso ha disminuido mucho.

Otro de los aspectos que se busca reformar, es la formación de un personal preparado para la tarea que han de realizar, creándose para

ello el Instituto de Estudios Penales, dirigido por Jiménez de Asúa, y cuya tarea es precisamente investigar sobre estos temas y formar al personal.

Todas estas reformas reflejan la necesidad de destacar el factor humano y promover la formación y mejora del recluso, y así V. Kent aboga hoy por la desaparición de la Cárcel como lugar de castigo y represión, sustituyéndola por centros de trabajo, centros de formación y rehabilitación de adultos, y centros psiquiátricos, para los que lo precisen.

Tras el paréntesis de la Guerra Civil, y después del período inmediato, el problema se complicó con el aumento de los llamados presos comunes y los presos «políticos».

Al igual que en los tiempos de la Inquisición y los de Fernando VII, es en esta época reciente, cuando las cárceles se llenan de personas cuyo delito es pensar de manera diferente a las que están en el poder, siendo por ello enemigos potenciales del Estado.

Hoy el «preso político» ha disminuido mucho en nuestras cárceles, siendo sustituido por el «terrorista», tema del que ya hablamos en la introducción.

La *Ley General Penitenciaria de 1979*, es la destinada a ocuparse hoy del problema que nos ocupa. Vamos ahora a hacer un brevísimo análisis de ésta en sus puntos más importantes.

Esta ley pretende hacer del «interno» una persona con la intención y la capacidad de vivir respetando la Ley, pero es la misma ley que le envió a la cárcel; se cambia a la persona, pero no se intenta investigar si es la Ley la que debe cambiar. Igualmente propone la ley que colabore en la elaboración y ejecución de su «tratamiento, impuesto para dotarle de una conciencia social y prepararle para una vida sin delitos. En definitiva, podemos interpretar esta finalidad como una enseñanza al interno para la «autorrepresión».

Pero si el interno no colabora o se resiste al tratamiento, entonces se le aplica la represión de grado, pero siempre respetando su dignidad humana. (¡) Así es que si el interno no quiere admitir el «curso de entrenamiento de sus mecanismos inhibitorios», es decir, si no colabora en esa enseñanza a la autorrepresión, entonces se le aplica la fuerza, pero ya justificada, con lo que su voluntad individual no tiene importancia alguna; la elección es clara: o admite el tratamiento que le convertirá en

un «hombre nuevo», o se le aplicará la fuerza, legitimada por su negativa, para conseguir que admita y cumpla la Ley. Por ambas vías se buscar hacer de él un «hombre obediente», capaz de admitir cualquier opresión.

De todo lo visto, podemos concluir que «la Cárcel» o Centro de Internamiento, ha sido un instrumento del Estado para ejercer su Poder sobre el individuo. En un primer estadio se utilizó como lugar de reclusión, para apartar al antisocial, marginándolo y dándolo por perdido. Hoy, sigue siendo instrumento de la violencia del Estado, pero, además, se utiliza para «reeducar» al que no cumplió la norma.

Fuera del Centro de Internamiento, sigue existiendo el mismo Sistema que le envió a dicho centro; porque el que ha de cambiar es el hombre, pero nunca se habla de cambiar el sistema que ha provocado la existencia de ese cada vez mayor número de «voluntades desviadas».

Cabe preguntarse: ¿Cuándo dejará de ser el hombre el que se «adapte» a la Ley y será la Ley la que se «adapte» al Hombre?

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

FOUCAULT, Michel: «Vigilar y Castigar», Ed. Siglo XXI, 1977.

SAVATER, Fernando: «Panfleto contra el Todo»: «Lección sociopolítica de la mazmorra». Ed. Dopesa, Barcelona 1978.

HERRERA PUGA, P. «Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro». Madrid, 1974.

SERRANO GOMEZ, Angel: «Comentario a la Ley General Penitenciaria» en Boletín de la Facultad de Derecho de la U.N.E.D. n.º 5, Enero de 1980, Madrid.

LATORRE, Angel: «Justicia y Derecho». Ed. Salvat, Barcelona 1973.

DIAZ, Elias: «Euskadi, España», artículo publicado en «El País», 31 de Diciembre de 1980.

O'BRIEN, Conor Cruise: «Violencia Política», en «El País», de 2 de Enero de 1981.

PARADA VAZQUEZ, Ramón: «El Poder sancionador de la Administración y la crisis del sistema Judicial Penal» R.D.A.

Arte Hispano-Musulman del Siglo X: El arte califal

Por Dolores Aguilar Garcia

Antes del año 1000, mientras el arte cristiano del Norte de la península buscaba un estilo y una arquitectura que fuera expresión de sus ideas y sentimientos, Al-Andalus había encontrado y ensayado con éxito los mejores logros de la arquitectura califal.

La mezquita de Córdoba alcanzará en este siglo su máxima y definitiva ampliación. La ciudad palatina de Medina Azahara será la suma y conjunto de cuantos esfuerzos y avances logró el arte califal. A finales del S. X., la paulatina decadencia del califato supone la desmembración y el surgimiento de los reinos taifas, momento también de gran interés artístico.

Para hablar del arte del S. X, habría que hacer una breve reseña del de los siglos que le precedieron:

La invasión árabe en España encuentra un solar culto, donde la permanencia de monumentos romanos, visigodos y bizantinos, hacen de nuestro suelo una cantera inagotable de inspiración y de materiales. Por otra parte, las influencias orientales, del Califato Omeya de Oriente o del Califato Abbasida, se reúnen en este primer arte hispano musulmán en una feliz síntesis:

De lo hispano-romano tomó la mezquita de Córdoba su disposición en varias arquerías de colorido alternante, emulando el acueducto de los milagros de Mérida.

Romanos y visigodos serán los fustes, cimacios, capiteles de la primera y primitiva mezquita de Abderramán I.

Otros destellos romanos se dejan sentir en decoraciones, como ale-

ros y zócalos con ménsulas ¹ y motivos de espiguillas, liras o pilas, tomados de los sarcófagos romanos tardíos ² o los procedentes de su decoración mural interior que se encuentra en las villas romanas y yaserías del bajo imperio ³.

Pero, en lo decorativo no quedó sólo la influencia occidental, sino que elementos constructivos tan identificados con lo cordobés, como el arco de herradura, tiene precedentes visigodos y aún anteriores, como estelas tardorromanas o evangeliarios sirios como el de Rábula (S.VI) ⁴.

También el mismo origen de la disposición arquitectónica de las mezquitas, según Torres Balbás, ⁵ puede encontrarse en las salas de audiencia bizantinas y sasánidas, cuyos precedentes también romanos tendrían una función aúlica y palatina, pero no religiosa.

El solar de la primitiva mezquita cordobesa estaba ocupado por una basílica visigoda dedicada a San Vicente. Durante varios años, en este lugar se simultanearon los cultos de cristianos y musulmanes, en una amigable actitud de comprensión. Pero la supremacía política se impuso y, así, en el año 780, Abderramán I decidió arrebatar definitivamente el lugar a los cristianos para construir su mezquita mayor.

La mezquita de Abderramán I (780) fue un espacio aproximadamente cuadrado, dividido en patio y sala de oración, como la coetánea de Cairuán (Túnez). Al exterior las fachadas llevaban contrafuertes no empleados en Occidente, pero sí en Oriente, como en la mezquita de Samarra o la citada de Cairuán.

Constaba de 11 naves perpendiculares a la quibla, y sus arquerías estaban sustentas por fustes de columnas romanas y visigodos apro-

1. PAVON MALDONADO, B. *Sobre el romanismo de los aleros califales*. «A-A» 1971, pág. 197.

2. PAVON MALDONADO, B. *Influjos occidentales en el arte del Califato de Córdoba*. «A-A» 1968, pág. 205.

3. TORRES BALBAS, L. *Precedentes de la decoración mural hispanomusulmana*. «A-A» 1955, pág. 407.

4. YARZA LUACES, J. *Historia del Arte Hispánico. La Edad Media*. Ed. Alhambra, pág. 11.

5. *Origen de las disposiciones arquitectónicas de las mezquitas*. «A-A» 1952, pág. 388.

vechados, algunos de ellos enterrados en el suelo para igualar la altura. Capiteles y cimacios son así mismo aprovechados.

Carecía de iluminación a no ser por pequeñas ventanas con celosías ⁶ abiertas en los muros laterales, que, por cierto, se coronaban de almenillas escalonadas. Este tema decorativo, según Basilio Pavón, es de origen sirio ⁷, aunque cabe rastrearlo en monumentos mucho más antiguos mesopotámicos y persas, como el palacio de Persépolis, en lo que encontramos un indudable aporte oriental.

Esta primitiva mezquita contaba también con un alminar edificado por Hixem I (788-796) por el lado exterior del patio, que desapareció en obras posteriores, según veremos, y una puerta monumental de acceso, la llamada puerta de San Esteban, que será pauta y modelo para todas las demás portadas a lo largo de dos siglos ⁸ y que, de nuevo, en su origen rastreamos lo romano, como los arcos de triunfo o la puerta Aurea del palacio de Diocleciano en Spalato.

La mezquita se realizó con arreglo a unas medidas determinadas, que venían dadas por el empleo de un tipo de ladrillo que medía 24 pulgadas o 32 dedos (siendo el dedo 1/12 del palmo) ⁹. Este ladrillo equivale al codo llamado Rassasí, traído desde Egipto por Al-Rassas, que servía para medir las crecidas del Nilo ¹⁰. Con este módulo se realizaron las medidas de superficie, longitud, latitud, empleando para otros usos, como el de los arcos o el de las molduras, otro tipo de módulo descubierto e investigado por Camps Cazorla ¹¹.

La forma cuadrada de esta primera mezquita, se asemeja a la que tuvieron las más antiguas de Oriente, también El Fustat, Cairuán...,

6. BRISCH Klaus. *Las celosías de las fachadas de la gran mezquita de Córdoba*. «A-A» 1961, 398.

7. *Sobre el origen sirio de las almenas decorativas h-musulmanas*. «A-A» 1969, pág. 201.

8. CASTEJON, R. *La Puerta de San Esteban*. Boletín Real Academia de Córdoba. 1944, pág. 491.

9. HERNANDEZ, Félix. *El Codo en la Historiografía árabe de la mezquita mayor de Córdoba*. Madrid. Imprenta y Ed. Maestre, 1961.

10. VALLVE, J. *El codo en la España musulmana*. «A-A» 1976, pág. 339.

11. *Módulo, proporciones y composición de la arquitectura califal cordobesa*. C.S.I.C. Madrid, 1953.

cuyo origen está en la casa del profeta en Medina, hoy muy transformada, que era un patio con habitantes para las esposas del profeta y una cubierta de palmeras en la sala de oración ¹². Con el tiempo, a esta forma cuadrada surgida de la necesidad urgente de reunirse los fieles, se la dotó de un contenido más profundo, una vez que el pensamiento clásico se transmite al mundo islamizado, cosa que sucede ya en las primeras dinastías Omeya y Abbasida. Santiago Sebastián ¹³ opina que estas formas cuadradas a las que remotamente responde toda la arquitectura musulmana, tiene su origen en el espacio cósmico aristotélico que pensó tenía forma cúbica o el cuadrado, una de las formas más perfectas para Platón.

Al fondo de la sala de oración se abría el mirab, sobre cuyo origen ¹⁴ se ha especulado que puede ser el símbolo de la presencia del Profeta, que no se llena, que permanece vacío su interior para recibir su invisible presencia. Es el lugar más adornado y sagrado hacia el que se orienta la vista y la oración de todos. Esta teoría niega el origen en el ábside de las iglesias cristianas o el aarón de las sinagogas, basada en que la dirección espacial es otra distinta.

La arquería de la mezquita es doble. Los arcos inferiores son de herradura peraltados a 1/3 del radio según el modelo visigodo, alternando dovelas de piedra y ladrillo. Por encima una segunda arquería cae sobre pilares que van sobre las columnas, con arcos de medio punto. Su función de arcos de entibo hace que se ensanche a su intradós para conectar con el pilar. Se rematan con modillones de lóbulos, una fórmula decorativa que, tomada del ámbito clásico, hará fortuna en lo cordobés constituyendo sus típicos modillones tangentes que evolucionarán con el tiempo ¹⁵.

Por encima del arco superior, un filete de esquinillas de ladrillo, motivo derivado de monumentos orientales, como el palacio de Firuza-

12. PAPADOPOULO. *El Islám y el arte musulmán*. Ed. Gustavo Gili, S.A.

13. *Mensaje del arte medieval*. Universidad de Córdoba y Valencia. Ediciones Escudero. Córdoba, 1978.

14. PAPADOPOULO. *O.C.* pág. 225 y sig.

15. TORRES BALBAS, L. *Los modillones de lóbulos. Ensayo de catalogación de una forma a través de diez y seis siglos*. Archivo Esp. de A. y A» 1936, núm. 35, pág. 113.

bad o de Kusejir Amira ¹⁶, que tendrá gran repercusión en el arte de Al-Andalus hasta nuestros días que se sigue empleando en aleros de tejados. La doble arquería se traducía al exterior en tejados independientes para cada nave cubiertos a dos aguas, para eliminar el agua de lluvia que corría por la parte superior de la arquería, como el agua del acueducto en el que se inspiró. Esta fue una solución posterior, porque, en principio, tanto la techumbre exterior como interior era plana, a base de placas de madera con decoración vegetal de motivos abstractos ¹⁷ de evidente origen oriental. Así se realizaron también los tableros de las demás ampliaciones.

En la parte N. del patio, las columnas no tienen contrafuertes exteriores, por lo que su empuje lateral determinará su desplome más tarde y la necesidad de repararlo.

Con ello, se demuestra el escaso conocimiento que en estos años del S. VIII se tenía de las fuerzas y empujes de los arcos que llevaron a colocar contrafuertes donde no hacían falta, omitiéndolos en el lugar más preciso.

Lo más primitivo de la mezquita actual por el exterior es el lienzo de muro de la Puerta de San Esteban. Se emplea sillería a sogá y tizón, y el arco se abre sobre un dintel adovelado. En torno al arco, se inaugura el alfiz, elemento decorativo de rectilínea sobriedad que alcanzará tanta fortuna en lo andaluz. Por encima se decoró con una vegetación plana de hojas de varios lóbulos labradas in situ sobre la piedra. Las ménsulas llevan modillones más recios que los del interior.

El arco se peralta hasta la mitad del radio, no hasta 1/3 como en el interior, lo que supone la transformación califal del modelo proporcionado por lo visigodo.

Sus dovelas, en posición radial alternantes en color y decoración, llevan hojas lobuladas de influencia y técnica a bisel bizantino, obra decorativa que se realiza hacia 855.

Del alminar construido por Hixem, sólo conocemos la huella de

16. GOMEZ MORENO, M. *Ars Hispaniae* vol. III. Editorial Plus Ultra. Madrid, Español de Arte» 1928.

17. HERNANDEZ, F. *La techumbre de la Gran Mezquita de Córdoba*. «Archivo Español de Arte» 1982.

sus cimientos: sería de planta cuadrada, y con respecto a su alzada, ninguna noticia ha llegado a nuestros días.

Abderramán II en el siglo IX (822-852) amplió la mezquita por el sur 26 metros, colocando pilares rectangulares sin columnas como testigos de la primitiva quibla. En lo constructivo se utilizó el mismo módulo suministrado por el codo Rassasí. Se siguieron aprovechando soportes y capiteles de monumentos romanos, realizándose en esta ocasión 11 capiteles ex-profeso, entre los cuales figuran los dobles del mirab de producción cordobesa.

También se abrió una nueva puerta, la llamada de los Deanes en la fachada Oeste. Lleva un arco de herradura enjarjado cuyo despiece radial se finge por encima con dovelas alternantes en colorido y decoración.

En el muro opuesto se abrió la llamada puerta de S. Miguel, desaparecida con la ampliación de Almanzor.

El reinado de Abderramán III (912-961), que marca la época de máximo esplendor de Córdoba, el foco cultural mayor de Occidente, a la vez marca un período de máxima influencia oriental tras la llegada del poeta Zyriad, que introducirá en Al-Andalus la lírica y la música en boga en el califato de Bagdad, así como numerosas costumbres y hasta modas desconocidas en Occidente.

Su obra en la mezquita fue menos espectacular y llamativa que otras, pero necesaria, pues consistió en la consolidación de la pared del patio y la construcción de un nuevo alminar.

La primitiva pared del patio realizada en los años del reinado de Abderramán I había recibido nuevos empujes por las arquerías adionadas. Su arquitecto, que no tendría ideas muy claras sobre los empujes laterales del arco, omitió en esta zona los contrafuertes, dejando precisamente la parte más vulnerable sin protección. Abderramán fortificó este muro sentando las bases del genuino y característico arco cordobés califal: Son arcos con un peralte que supera la mitad del radio, enjarjados, y con falso despiece de dovelas que convergen en la línea de impostas. Se adorna con una moldura de yeso que ensancha el arco en la clave y lo adelgaza en los salmeres. Estos arcos de la pared exterior cubren la primitiva fachada, quedando entre ambas un espacio cubierto con bóveda de cañón adornado con pinturas geométricas de color almagra, zona muy transformada por las obras cristianas poste-

riores. Por encima de los arcos corre un alero con modillones de siete rollos, con adorno de banda central.

Las columnas llevan fustes rosados, realizadas para este lugar, y los capiteles están inspirados en el orden compuesto, cuyas hojas de acanto, lisas, constituirán desde este momento el modelo para obras posteriores. Es el llamado capitel «de pencas».

El alminar ¹⁸ sustituye al erigido por Hixem, pero situándolo más al norte con la consiguiente ampliación del patio. Se realiza en sillares a sogá y tizón con dos tizones, y se construye con un módulo distinto al del interior: el codo mamuni equivalente a unos 47 centímetros. Su disposición interna está formada por dos rectángulos unidos por los que suben escaleras independientes. Se pensó esta solución porque sus dimensiones de 8,485 m. de lado daría un vuelo a las escaleras imposible de sostener por las bóvedas falsas que emplearon. Una vez más el aspecto de enmascaramiento del arte musulmán provoca la construcción de otras segundas bóvedas decorativas por debajo de las anteriores, algunas decoradas con sencillas pinturas geométricas.

El alminar se conserva hasta una altura de 22 metros, pero revestido de sillería, bien macizado su interior para soportar el remate manierista colocado en el siglo XVII; su apariencia actual es bien distinta, sin embargo gracias a la descripción de Ambrosio de Morales en el siglo XVI y las reproducciones que de él tenemos en el sello del Concejo y la Pta. de Sta. Catalina, se puede reconstruir su alzado con huecos desigualmente distribuidos, de 2 y 3 vanos de arcos de herradura muy cerrados y dovelas convergentes a la línea de impostas. Estas dovelas alternaban, salientes y rehundidas, pintadas así mismo de rojo alternativamente.

Por encima corría una arquería ciega coronada de almenas escalonadas, y sobre este cuerpo la terraza con la cúpula de los almuédanos. Se remataba por un yamur de varias esferas en tamaño decreciente, de oro y otras aplicaciones florales. Según Al-Macari, se fecha en el año 946.

En la inmensa área geográfica del mundo islámico, cada región

18. HERNANDEZ, Félix. *El alminar de Abderramán III en la mezquita mayor de Córdoba* Patronato de la Alhambra, 1975.

representa sus características bien definidas y nacionales. El Islam trazó los planos de los monumentos religiosos, pero las monarquías crearon el lenguaje artístico. Es un arte cortesano, dedicado a la glorificación del soberano, testimonio de la capital donde se asienta ¹⁹. Así será la ciudad palatina de Medina Azahara, construida también por Abderramán III, toda ella hecha verbo encendido en honor del poderoso califa de la Perla de Occidente.

Medina Azahara fue construida en honor de la favorita de Abderramán III, desde 936 a 976, terminándose las obras en tiempos de su sucesor Alhaquen II. Se levanta sobre la ladera sur de la sierra de Córdoba; lugar abrigado de los vientos del norte y abundante en manantiales, ha sido elegido desde época romana para enclavar allí villas y mansiones de recreo, como el famoso palacio de la Ruzafa de época visigoda y reutilizado por Abderramán I, y otros muchos hasta la actualidad ²⁰. Se extendía en forma horizontal formando varias terrazas escalonadas, puestas de manifiesto en las excavaciones ²¹, estaba rodeada de murallas, cuyo acceso se hacía por el lado norte directamente a la ciudad palatina, reservado el acceso del sur para las dependencias administrativas.

La distribución espacial obedece al mismo sentido confuso, aparentemente desordenado, con ejes de directriz quebrada, que serán las típicas organizaciones palatinas hasta la Alhambra, de remoto origen oriental.

Entre el bello complejo de Medina Azahara destaca el llamado salón Rico, decorado con los más fastuosos medios utilizados hasta entonces: el pavimento de mármol blanco, así como las basas y capiteles de las columnas de sus cinco naves.

Los fustes gris y rosado, y un zócalo de mármol trabajado en piezas de cuidado relieve de 75 cms. de altura, que se remataba por una piedra arenisca sujeta al muro de bellísima decoración.

Aquí aparecen novedades artísticas nunca vistas, como los capite-

19. HUYGUE R. *El arte y el Hombre*. II, pág. 65.

20. CASTEJON, R. *Medina Azahara*. Colecc. Ibérica. Ed. Everest. León, 1976.

21. CASTEJON, R. *Nuevas excavaciones en Madinat-Al Zahara*. *El salón de Abderramán III*. «A-A» 1945, págs. 147-154.

les tallados a trépanos de enroscadas y retorcidas hojas, o las basas firmadas, con adorno de trenzado y fechables hacia 950 ²².

En los zócalos se aprecian influencias orientales, en la composición de temas vegetales de gran tamaño, redondeados y gruesos, frente a los finos tallos y la talla a bisel ejecutada en las dovelas de los arcos, típicamente bizantina. Esta última decoración, de tallos más finos, a la vez también más seca, será la que haga fortuna en lo cordobés.

Este salón Rico pertenecía a la Casa Real y allí estuvieron alojados la reina Tota de Navarra, tía abuela de Abderramán III cuando acompañaba a su nieto Sancho el Craso a fin de obtener la curación de su desbordante obesidad, de los médicos del califa. Otras veces servía para las reuniones del consejo de visires o ministros y sus paredes ensalzaban en letreros epigráficos la grandeza del califa.

Otras zonas de Medina Azahara eran el palacio del califa, levantado en el centro de la ciudad, de planta rectangular con la zona de dormitorio y baños bien orientados a la ciudad y la sierra.

Había también una mezquita con su orientación situada a SE que recogía todos los primores decorativos del arte califal, así como un pequeño oratorio o mosala en el interior de la casa real.

Una gran terraza, formada por la acumulación de los escombros de las construcciones, se levanta a lo largo de la ciudad, atravesándola horizontalmente. Un poco a la derecha se levantaba el salón del trono, también llamado salón Dorado, o salón privado del califa. Se le describe como un edificio octogonal cuya cúpula se revestía de mosaico dorado. En este lugar se situaba la legendaria pila llena de mercurio y la hermosa perla del tamaño de un huevo de paloma, regalo del emperador bizantino. Los cronistas alaban su sin par riqueza y no omiten la presencia de bajorrelieves con figuras humanas que adornaban estas maravillosas fuentes.

En el año 1010 empieza una revolución entre los berberiscos y mercenarios en Córdoba que termina con el califato. Asaltan y destruyen los palacios y, acosados, se encierran en Medina Azahara, donde un colosal incendio termina con tan maravillosa creación.

22. TORRES BALBAS, L. *Basas califales decoradas*. «A-A» 1934, pág. 342.

Pero antes de tan funestos acontecimientos, tiene lugar la última y más novedosa ampliación de la mezquita llevada a cabo en la segunda mitad del siglo X, por Abderramán II (965-968).

Consistió en alargar hacia el sur una vez más el muro de la quibla, hasta llegar a la misma margen del Guadalquivir. Se mantuvo la unidad constructiva y decorativa empleada desde el siglo VIII, con dobles arquerías y alternancia de piedra y ladrillo en las dovelas. Sin embargo, la longitud del monumento y su escasez de luz, hizo necesario pensar en soluciones de iluminación que aportarían las novedades que enriquecerán desde entonces el arte califal, como veremos.

Las aportaciones de esta ampliación son las siguientes:

—Las columnas son todas sin basa, de fustes negros, moteados o rosados, realizados ex-profeso.

—Los capiteles son «de pencas», según el modelo impuesto en la pared del patio de su antecesor Abderramán III.

—Los cimacios son cruciformes.

—Los modillones de lóbulos, con una banda en el centro.

—Aparece el arco lobulado sobre generatriz de arco apuntado, novedad que tenía sus precedentes en el arte abbasida (S. VIII).

—Se realizan varios lucernarios con bóvedas nervadas.

—Se realiza la maqsura, zona más próxima al mirab destinada al califa como medida de seguridad y aislada de la multitud. Este hecho va en contra de la igualdad de todos los fieles musulmanes y en contra del espíritu del Corán. En este lugar, los soportes superiores de la doble arquería, son pilares ochavados con adornos geométricos.

—Se realiza también un riquísimo mirab, adornado con toda clase de elementos que veremos con más detalles.

Lucernarios.

Se levanta uno en la llamada capilla de Villaviciosa y tres en la maqsura, ante el mirab. Su misión era poder recibir luz directa elevando su altura por encima de las naves existentes. Las columnas y pilares no estaban preparados para recibir el peso de las bóvedas proyectadas, por lo que se emplean arcos entrecruzados en la primera serie y de herradura en la segunda, a fin de distribuir los empujes de las bóvedas.

Las bóvedas de nervios consisten en arcos paralelos a los muros y cruzados con otros en el sentido de la diagonal. El origen de este tipo de

bóvedas es oriental, según Lambert ²³, que Gómez Moreno concreta en ejemplares del S. IV en el Kurdistán, en el santuario de San Bartolomé de Baxcala ²⁴, como ejemplo más antiguo de arcos paralelos al muro y cruzados como apoyo de una bóveda. La mezquita del Viernes de Isfahan, del siglo IX, realiza los primeros ensayos de la bóveda de nervios ²⁵.

En Al-Andalus parece que la más antigua se empleó para cubrir la habitación del almuédano en el alminar de Abderamán III, según el testimonio de Al-Maccarí ²⁶.

Estas bóvedas así elevadas dejaban pasar por su base un tambor de luz al abrir numerosas ventanas en su costado, con lo que la función iluminadora estaba perfectamente conseguida, a la vez que una gran belleza arquitectónica de enormes posibilidades hacia el futuro. Se decoraron con profusión de lucernarios próximos al mirab empleando mosaicos bizantinos de extraordinario colorido, cerámica vidriada y yeso.

La proyección de este tipo de cubiertas, aparte de las consecuencias en suelo hispánico, en el arte del siglo XI, el mozárabe, mudejar o el Renacentista, llegará al conocimiento del gran Leonardo ²⁷, a través de una obra de Pietro Moreti, que estuvo en España y escribió un libro titulado «De dignoscendis hominibus», en 8 tomos, traducida al latín por Gonzalo Ayora, cordobés y cronista de los Reyes Católicos. En sus dibujos de proyectos de la Biblioteca del Instituto de Francia en París, emplea cubiertas de nervios aplicadas a templos de planta centralizada o de tramo central del crucero.

Otras influencias internacionales se harán patentes en las bóvedas

23. *Las cúpulas de las más importantes mezquitas españolas y tunecinas en los siglos IX y X*. Reseñado por TORRES BALBAS, L. en «A-A» 1936, pág. 391.

24. *Ars Hispaniae*. T. III, pág. 112.

25. PAVON MALDONADO, Basilio. *El arte hispano-musulmán en su decoración geométrica una teoría para un Estilo*. Instituto hispano-árabe de cultura. Madrid, 1975, pág. 159.

26. TORRES BALBAS, L. *Bóvedas caladas hispano-musulmanas*. «A-A» 1952, pág. 187.

27. TORRES BALBAS, L. *Leonardo da Vinci y las bóvedas hispano-musulmanas*. «A-A» 1952, pág. 439.

traslúcidas de Guarino Guarini ²⁸ en el Piamonte, solución que encajaba perfectamente en la mística matemática del genial arquitecto.

Otra gran obra fue la ejecución y decoración del mirab. Interiormente es un nicho octogonal cubierto con una bóveda avenerada. Se decora con ataurique de efectos ópticos gruesos y redondos de clara estirpe oriental, aunque en su zócalo y cornisa de ménsulas salientes evoque obras romanas.

En el exterior otros zócalos de ataurique se aplican a sus paredes, con decoración de tallos finos y técnica a bisel, extensiva a sus albanegas. Un alfiz tangente, adornado de inscripciones en mosaico y vegetación de carácter abstracto, completan un riquísimo panorama artístico realizado por artífices bizantinos venidos expresamente para tal fin.

El mirab se incrusta en la maqsura, zona más rica y decorada con arcos lobulados y entrecruzados. Esta es la célula inicial para otras decoraciones de siglos posteriores, en los que lo constructivo de ahora se volverá decorativo, en una tendencia tan característica del arte musulmán de convertir lo vivo en inerte, lo funcional en decorativo. Así serán las columnas invertidas o radiales del arte taifa, que han perdido la misión esencial de toda columna, que es permanecer en pie, o la red sin fin de rombos de los paños de sebka almohades o las yeserías nazaries. De ahí la enorme importancia de este rasgo constructivo.

Al exterior, siguieron abriéndose nuevas portadas con el esquema tradicional que impuso la puerta de San Esteban, más las novedades decorativas del momento.

En Medina Azahara, Alhaquen, construyó el llamado palacio occidental, posteriormente a su obra en la Aljama. No aporta nada nuevo y viene a ser una adaptación doméstica de los primores decorativos de la mezquita.

El año 987 Almanzor amplía por última y definitiva vez la mezquita de Córdoba. En esta ocasión se hace en sentido lateral, hacia el Este, quedando de esta forma descentrado el mirab.

La nueva obra copia exactamente la de Alhaquen, en columnas y arquerías, pero suprime el ladrillo alternante en las dovelas, cuyo color

28 WITTKOWER, *Arte y Arquitectura en Italia*. Ed. Cátedra. Madrid 1979, pág. 410 a 413.

rojo se suple con pintura sobre el sillar.

Los arcos que comunican con la parte nueva son de 11 lóbulos, siendo los de las naves similares a los del resto de la mezquita. En las arquerías próximas al patio, producto de una involuntaria aproximación de los soportes, el arco es de herradura pero apuntado, otra forma que hará fortuna en lo almohade y granadino.

Todo el muro Este se vió invadido por nuevas portadas, copia de la estructura y decoración de muro Oeste.

La proyección de Córdoba en el arte posterior es enorme, sirviendo de base al preciosísimo decorativo del arte taifal y proporcionando la base para mayores y más complicadas experiencias a lo largo de varios siglos.

Melilla: Cien años de hallazgos arqueológicos

Por Francisco Saro Gandarillas

La simple lectura del título anterior induce, sin duda alguna, a pensar en Melilla como una fuente inagotable de hallazgos sucedidos a lo largo de los últimos cien años.

Nada menos cierto. Este tipo de hallazgos han sido siempre muy esporádicos y, por añadidura, mal documentados. Las reseñas de los mismos han sido escasas y pobremente explicitadas. Nada de esto debe extrañarnos; la mayoría de los restos arqueológicos encontrados, lo han sido en una época en que la sensibilidad por el estudio de las civilizaciones y culturas anteriores no alcanzaba la dimensión que alcanza hoy en día. Si a ello añadimos la propia particularidad de Melilla como ciudad apartada de los núcleos más fuertemente culturizados y sensibilizados por estos temas, no tiene por qué sorprendernos la doble circunstancia de que las zonas donde ocurrieron los hallazgos hayan desaparecido y, como segunda consecuencia, hayan sido poco estudiadas.

Únicamente el interés de unos pocos y básicamente el entusiasmo de un honesto aficionado, más a las cosas de Melilla en general que a la arqueología en particular, salvó algo que, sin dudarlo, en otras manos y con otras intenciones, hubiese desaparecido, dejando a Melilla sin la más mínima huella de su remoto pasado. Me refiero, naturalmente, a D. Rafael Fernández de Castro. Casi todas las referencias a hallazgos arqueológicos nos vienen de él. Ciertamente, con la perspectiva de hoy, sus reseñas, más de objetos que de sus lugares de encuentro, quedan muy lejos de lo que en 1983 entenderíamos como un buen estudio científico en términos arqueológicos. No soy arqueólogo y no quiero

juzgar negativamente lo que se hace con especial interés; por ello creo que Fernández de Castro merece nuestro agradecimiento.

Este melillense de adopción data el primer hallazgo arqueológico constatado en 1904, con ocasión de la construcción del matadero viejo. Con esta misma fecha lo datan autores posteriores, quizá tomando el dato de sus publicaciones. Sin embargo, el matadero viejo fue terminado en junio de 1895, funcionando como tal desde esa fecha. Fernández de Castro llega a Melilla en 1906, acompañando a su padre, militar de la guarnición. Es muy posible que oyera hablar de unos restos interesantes encontrados tiempo antes en el matadero. Pero estas referencias no debieron acreditarse en la construcción de éste, sino en un corral levantado a su espalda en julio de 1905, pues es precisamente el 3 de junio de 1905 cuando aparecen por vez primera, de forma acreditada, los enterramientos del cerro de San Lorenzo. No es ocioso el concretar la fecha exacta del descubrimiento. Parece claro que cualquier estudioso del tema, necesita conocer exactamente este dato, si pretende buscar referencias e información en la prensa local o en los archivos de los organismos oficiales del momento.

El matadero viejo estuvo enclavado en lo que hoy es edificio ocupado por un centro de higiene y una clínica de practicantes o algo similar, en las cercanías de la casa de socorro. Con este descubrimiento aparecía el supuestamente más importante yacimiento arqueológico de Melilla. Esta afirmación queda en entredicho si, como veremos más adelante, no se intentó siquiera el estudio de hallazgos posteriores.

Es posible que, como afirma Fernández de Castro, los primeros restos aparecieran en 1881 (él lo fecha en 1883, pero en este año las obras estaban muy avanzadas), al comenzar la construcción del fuerte de San Lorenzo, según lo previsto en el viejo proyecto de ensanche y mejora de las fortificaciones de 1867, pero de aquellos posibles hallazgos no ha quedado constancia alguna. No eran tiempos como para considerar a unos viejos huesos como otra cosa que una simple curiosidad.

Si bien los objetos encontrados en 1905 fueron enviados a los Museos Arqueológico y Antropológico Nacionales por Manuel Becerra, ingeniero de las nonatas obras del puerto de Melilla, no debieron ser estimados como de gran interés, pues ningún especialista vino a estudiar sobre el terreno los restos encontrados. Las ánforas descubiertas, de tipo helenizante, fueron clasificadas como comprendidas en un período

intermedio entre los establecimientos púnicos y romanos (siglos III-I a. C.). No hay noticias de que se siguiera investigando sobre el terreno, por lo que hemos de suponer que en eso quedó todo.

En enero de 1908, al efectuar los trabajos de cimentación del inoperante almacén de cereales, cuyas ruinas se conservan detrás del bloque de edificios de la calle Tallaví y quizá con el tiempo sirvan como símbolo del abandono de los edificios de la ciudad, los obreros descubrieron, a metro y medio de profundidad, restos de cerámica similar a la encontrada tres años antes. Enviados, también al Museo Arqueológico, se les dio un claro origen púnico, aunque no faltara quien se lo diera romano.

Fernández de Castro asegura haber sentido un gran interés por descubrir los orígenes de tan sensacional hallazgo, así como por encontrar otros lugares de Melilla donde pudiera haber restos de la misma importancia. No debió encontrar tiempo ni ayuda para tales menesteres, pues hasta cinco años después, en 1913, no comienza sus trabajos exploratorios, trabajos bien intencionados y plausibles pero lógica y desgraciadamente mal organizados ante la falta de un experto que hiciera un trabajo sistemático con arreglo a unos criterios científicos. El profesor Tarradell se lamenta de esta circunstancia y del hecho penoso de que varias piezas se perdieran en manos de particulares y museos foráneos.

En realidad, el trabajo más concienzudo, se hizo con la experiencia anterior, a partir de la toma de posesión de la Presidencia de la Junta de Arbitrios por parte del general Arraiz de la Conderena, en 1915, un hombre de gran cultura, licenciado en Filosofía y Letras, y bastante sensibilizado por estas cuestiones. Contando con su apoyo, Fernández de Castro pudo hacer un trabajo más sistemático que el efectuado anteriormente. Incluso se comenzó a formar un museo de las excavaciones en una de las dependencias de la Jefatura de Policía, con las piezas depositadas en los bajos del viejo templete de música del parque Hernández.

Aunque los hallazgos fueron comunicados a distintos centros científicos de la Península, ningún especialista debió sentir deseos de ver los enterramientos en su propio terreno, pues no hay constancia de su paso por Melilla. Ciertamente que el señor Fernández de Castro asegura que varios expertos visitaron las obras, pero al no dar sus nombres pre-

sumo que no debían ser de gran renombre ni de acreditada capacidad para enjuiciar aquellas.

El arqueólogo Rodrigo Amador de los Ríos, a distancia, confirmó el origen púnico de los primeros restos encontrados. Al padre Fita, santón de la arqueología española se le enviaron fotografías de los hallazgos, dando su opinión sobre ellos; en aquel momento el Padre no estaba ya en condiciones de hacer un desplazamiento tan largo, falleciendo poco después, en enero de 1918, a los ochenta años.

En el año escaso en que los trabajos tuvieron su máximo desarrollo, se encontraron tres tipos diferentes de enterramientos; los más antiguos, de origen púnico y romano, siendo los terceros consecuencia de la campaña 1774-5 y, por lo tanto, bastante recientes. En su libro «MELILLA PREHISPANICA»¹ Fernández de Castro describe sus vivencias en el estudio de los yacimientos.

Pos supuesto, aunque se dio conocimiento oficial al Gobierno de los hallazgos, éste no se dio por enterado; la Guerra Mundial y sus consecuencias le entretenían en más graves e interesantes quehaceres.

En 1916 se va el general Arraiz y los trabajos quedan definitivamente paralizados al no encontrar en los siguientes el suficiente interés para continuarlo. Todos sabemos cuál fue el final desdichado del importante descubrimiento. Los trabajos para la instalación del ferrocarril del cargadero de mineral y años más tarde la voladura del resto del cerro para la construcción de la plaza de toros y un barrio cercano acabó para siempre con la huella del pasado. Hoy, unas poquitas tumbas mal tratadas son testigos vergonzantes del desastre.

No acaban ahí ni mucho menos los descubrimientos. Mientras, la poca atención existente se concentra en San Lorenzo, en otros puntos de la ciudad aparecen otros hallazgos que ante la falta de trabajos consecuentes quedan como simples anécdotas.

En octubre de 1914 más obras efectuadas en la calle Salamanca del barrio del Real, entre el primitivo cauce del arroyo de Mezquita (hoy calle Jiménez e Iglesias) y el acuartelamiento de intendencia, se

1. «MELILLA PREHISPANICA». Apuntes para la Historia del Septentrión Africano en las Edades Antigua y Media. Instituto de Estudios Políticos. Madrid 1945.

descubren tres tumbas de forma ovalada, conteniendo sendos cuerpos momificados; encima, una capa caliza de medio metro de espesor, y cubriendo todo una capa diluvial; dentro de las tumbas, trozos de lava. Los cráneos estaban materialmente deshechos, y los cuerpos portaban en sus muñecas aretes de oro o cobre, no se sabe bien, pues pasaron velozmente a manos de algún particular. Particularmente entiendo estos enterramientos como de un interés igual o superior a los del cerro de San Lorenzo; sin embargo, las obras continuaron y los enterramientos pasaron al recuerdo. Desgraciadamente Fernández de Castro no llegó ni siquiera a ver las misteriosas tumbas con lo que se perdió la única oportunidad de hacer un estudio medianamente serio del hallazgo.

De importancia especial es también el descubrimiento, en febrero de 1915, de unos esqueletos en el cerro de Santiago. En aquel momento no se le dio importancia alguna debido a la creencia de que se trataba de simples tumbas de indígenas enterrados en épocas recientes. La creencia estaba avalada por la circunstancia de que en aquel lugar hubo durante muchísimos años una mezquita y, en ocasiones, campamentos de fronterizos; incluso a no mucha distancia estuvo emplazado el poblado moro de Cabrerizas, de donde toma el nombre el barrio actual. Sin embargo, tres años más tarde, al construirse la rampa de subida al barrio de Santiago (pabellones militares frente a Regulares) aparecieron enterramientos determinados como fenicios o púnicos, por su similitud con los encontrados en San Lorenzo; ánforas helénicas del mismo tipo y objetos similares. Fueron llevados al Museo de Junta de Arbitrios. Lo que resulta sorprendente es que Fernández de Castro lo mencione de pasada y sin darle importancia. ¿Cómo es posible esto? La importancia es cuanto menos similar a la del hallazgo de San Lorenzo, confirmando parcialmente al mismo tiempo una teoría existente sobre la constitución costera de Melilla, hace dos mil años muy distinta de la actual, con base en los hábitos de enterramiento de los antiguos púnicos.

La importancia cuantitativa de este hallazgo, debió tener cierta consideración; aún es posible encontrar personas en Melilla que en su juventud extraían ánforas y otros objetos en la zona del cerro de Santiago.

En 1916 hubo también otro descubrimiento cuya importancia es difícil de evaluar al no haber estudio particular alguno sobre ellos.

Al comenzar las obras de la nueva casa de socorro, en su lugar actual, no lejos de los primeros hallazgos, se encontraron restos humanos que por su cercanía fueron relacionados con aquellos. Por ser aquella la posición aproximada que ocupaba la batería de Tarara en la campaña de 1774-75 es posible que fueran enterramientos de los sirvientes de aquellos muertos en la contienda.

También en el mismo año, en febrero, al comenzar el desmonte del terreno para el establecimiento del nuevo mercado de los barrios Real e Hipódromo se encontraron restos humanos; no parecen existir más datos sobre el hallazgo. Solamente podemos especular sobre su proximidad a los enterramientos encontrados en la calle Salamanca y su posible conexión con éstos.

En algunas publicaciones se menciona la aparición, en las proximidades de la Florentina y en el año 1912, de una especie de caja de aspe-
rón que contenía en su interior un cuerno que al ser tocado se deshizo. No sabemos el significado de esta caja ni su importancia, pues no existe mejor descripción de la misma.

Fernández de Castro menciona el descubrimiento, en 1930, de una sepultura romana de gran interés en el Parque Gómez-Jordana. La sepultura contenía una lucerna, una taza de cerámica y una patera de «terra sigillata», y fueron enviadas igualmente al Museo Municipal. Sin embargo, me parece cuando menos sorprendente que no mencione el descubrimiento de una necrópolis, identificada supuestamente como romana, en octubre de 1928, dentro del mismo parque forestal y en las proximidades de Ataque Seco, cuando fue él precisamente quien intervino personalmente en su primaria identificación. ¿Olvidó Fernández de Castro la fecha del descubrimiento y la sepultura de 1930 era en realidad parte de la necrópolis hallada en 1928? Testigos de estos hechos confirman la existencia, no de una, sino de varias sepulturas, y por lo tanto de una necrópolis de mediana importancia, circunstancia confirmada por datos extraídos de algunos artículos de prensa sobre el tema del ilustre cronista de la ciudad D. Francisco Mir Berlanga, que alude a objetos encontrados en 1962 pertenecientes, sin duda, a la aludida necrópolis. No hubo ningún tipo de estudio sobre los hallazgos en su día y temo hayamos perdido para siempre datos fundamentales sobre el pasado de Melilla.

Mucho más recientemente y con motivo de las obras efectuadas en

la nueva carretera de subida a la Alcazaba fueron descubiertas unas sepulturas que contenían en su interior una serie de objetos de los que desconozco su descripción; los citados objetos pasaron en cuestión de escasas horas a manos de particulares sin que por las noticias que tengo se impidiera el impune despojo. Por circunstancias que tampoco tengo aclaradas hasta el momento las obras no fueron interrumpidas y los enterramientos fueron fácil víctima de las máquinas. Nadie puede decir que en esos tiempos no hay conciencia clara de la trascendencia de un descubrimiento de este tipo. Tampoco, yo soy el primero en reconocerlo, puede negarse la importancia que para una ciudad tiene el desarrollo de su infraestructura diaria. Pero, ¿no pudieron conjugarse ambos intereses? No quisiera hacer juicios definitivos sobre hechos nebulosos ocurridos mucho antes de mi llegada a esta ciudad. Dejo el asunto a criterio de los interesados en él.

No insistiré demasiado en otros hallazgos de menos importancia. Unicamente en la innumerable cantidad de monedas de todo tipo y época, encontradas en los lugares más heterogéneos y que, ante la falta, en su día, de una ley eficazmente protectora del acervo cultural común, quedaron en manos particulares perdiéndose su rastro. En este momento, y no se si todavía «sub júdice», una buena cantidad de monedas antiguas esperan su destino definitivo, suponemos que para ingresar el capital municipal del museo de la ciudad.

Aunque fuera del territorio de soberanía melillense conviene recordar algunos puntos cercanos que tuvieron cierta importancia en años pretéritos y cuyo estudio no fue, en algunos casos, iniciado, y en otros, acabado, ante la falta de interés oficial por ello.

Me refiero, escogiendo los dos de mayor importancia, a las ruinas, en claro proceso de desaparición, de Cazaza y Taxuda.

Cazaza, hoy en lamentables condiciones de conservación, fue estudiada inicialmente por el ubicuo Fernández de Castro, quien escribió en un libro de cierto interés ² sus trabajos de recuperación, trabajos que apenas fueron un raspar en su superficie. Con toda evidencia unos tra-

2. Fernández de Castro, Rafael: «HISTORIA Y EXPLORACION DE LA RUINA DE CAZAZA». Madrid 1943.

bajos de esta dimensión exigen unos medios considerables, y por añadidura Cazaza estaba en la lejana época en que Fernández de Castro pudo intervenir, muy lejos de los organismos a quienes podía interesar este tipo de investigaciones. No pudo ser. O no quiso ser.

Menos aún se sabe de Taxuda. Si quitamos lo poco que sobre ella escribió el agustino Padre Morán, apenas nada. De gran importancia con los meriridas, su interés máximo reside, en mi opinión, en su casi segura formación romana. La base de los escasos restos de muralla y torreones que se conserva, casi imperceptibles, es claramente de tipo romano. En sus cercanías se han encontrado fragmentos de «terra sigillata». Por otra parte, y en 1910, se encontró en la orilla de la Mar Chica, a la altura de Nador, una gran piedra en la que había fijada una argolla de hierro, hallazgo identificado como de corte romano. Al ocuparse los criaderos del mineral de hierro de Uixan en 1907, se encontraron unas extrañas calicatas en el terreno, que daban a entender una posible utilización del mineral en la antigüedad. Y si, como aseguraba Cándido Lobera, los naturales de la zona daban el nombre de Uad er Rumi, Río del Cristiano o del Romano, al río que naciendo en Uixan va a desembocar a la Mar Chica, parece muy razonable pensar que ciertamente Taxuda pudo ser en sus inicios una fortaleza avanzada de la Rusadir romana.

Estas son algunas notas a vuelapluma sobre algo que pudo ser y no fue: el necesario estudio y conservación de las más antiguas raíces de Melilla. La realidad domina a la intención y sólo nos queda la añoranza.

Reseñas bibliográficas

Reseñas bibliográficas

R. FERNANDEZ BALLESTEROS y J. A.I. CARROBLES: **«Evaluación Conductual. Metodología y Aplicaciones»**.
Ed. Pirámide, 1981, 783 págs.

La evaluación conductual surge como disciplina que se desarrolla a la sombra de la Terapia o Modificación de Conducta, y es, en los últimos años, cuando esta disciplina psicológica cobra su verdadera importancia, comienza un período de auge y su conocimiento empieza a ser vital para el terapeuta de conducta.

Este libro dirigido por los profesores Fernández Ballesteros y Carrobles, y en el que interviene un destacado grupo de especialistas, todos ellos ligados a la Universidad, es un intento realmente importante y valioso, en el que la «evaluación conductual» es tratada como una disciplina objetiva y clave para la Psicología, fundamentalmente para la clínica, sin olvidar, en ningún momento, su aplicación a otras áreas de la Psicología que pueden beneficiarse de ella.

Este volumen consta de tres secciones, claramente diferenciadas y definidas en sí mismas.

La primera, como refleja su título genérico «Cuestiones conceptuales», es un estudio de los conceptos que afectan a la evaluación conductual y su discusión. Comienza esta parte primera con un re-

corrido histórico de esta disciplina desde su comienzo hasta su consolidación (1975), para continuar con un capítulo dedicado a contrastar la evaluación conductual con la denominada evaluación tradicional. Esta comparación se realiza a tres niveles: conceptual, metodológico y práctico. A continuación, en el siguiente capítulo, se expone un estudio profundo y pormenorizado de los contenidos y modelos aplicables a la evaluación conductual. Y termina esta primera sección con un apartado en el que se examina rigurosamente la dualidad evaluación-tratamiento.

«Metodología» es el título de la segunda parte de este libro, segunda parte ésta que recoge los principios, problemas y procedimientos metodológicos de la evaluación conductual. En su primer capítulo se lleva a cabo un recorrido por los principios psicométricos y sus problemas, en los que se sustentan las técnicas empleadas, para continuar, con un total de seis apartados dedicados a los métodos más importantes: la entrevista, el auto-informe, la auto-observación, la observación y los registros psicofisiológicos. Termina esta segunda sección con un estudio sobre la interrelación de los métodos estudiados.

La última está dedicada a las aplicaciones clínicas de la evaluación conductual, y su contenido es eminentemente práctico. La evaluación de trastornos como la ansiedad, la depresión, la obse-

sión, las disfunciones sexuales, la adicción, las habilidades sociales, el déficit cognitivo esquizofrénico, las alteraciones en niños y el retraso mental, componen sumariamente esta parte de aplicaciones.

No quisiéramos terminar esta reseña, sin apuntar la relevancia que en el campo de la psicología española tiene este volumen, cuya importancia radica en su contribución a la consolidación de la «evaluación conductual» como disciplina y en la proyección del futuro que podrá alcanzar su contenido.

Teresa Rizo Gutiérrez

ALBERT EINSTEIN Y LEOPOLD INFELD. «La Física, aventura del pensamiento». Editorial Losada. Buenos Aires. 1939. 254 págs.

En la universidad de Princeton, EE.UU., en 1939, dos físicos, Albert Einstein y Leopold Infeld, alemán y polaco respectivamente, reúnen sus «ideas» de la física en este libro de título original «La evolución de la Física». Poco antes, Einstein había formulado su «Teoría de la relatividad del tiempo» que queda completada en 1916 cuando publica «Principios de la teoría de la Relatividad». De aquí pasa a estudiar la Teoría de los cuantos de Planck para formular, en 1920, la «Teoría del campo unificado» que agrupa los fenómenos eléctricos y magnéticos con los de gravitación.

Pero, en este libro, Einstein no intenta la exposición de una nueva teoría, como ocurre en los anteriores, sino que su pretensión es hacer llegar al estudiante de Física, e incluso a novatos en la

materia, la «conexión entre el mundo de las ideas y de los fenómenos». Para ello, se sirve de ejemplos y experiencias ideales caseras muy simples con la ayuda y colaboración de la capacidad pedagógica de Infeld.

La obra comienza con un estudio de la génesis de la concepción mecánica, basada en las predicciones de Galileo y asentada por Newton en sus principios. Dicha concepción defiende que todos los fenómenos de la naturaleza pueden explicarse mediante «fuerzas de atracción y repulsión cuyas intensidades dependen totalmente de la distancia». Tiene su origen en las fuerzas gravitatorias que explican con éxito el movimiento de los planetas y alcanza el culmen cuando se observa que es generable a las interacciones entre cargas y las interacciones entre imanes.

Nuevos experimentos comienzan a poner en duda dicha concepción: El experimento de Oersted muestra cómo una corriente eléctrica afecta a la aguja de una brújula de un movimiento en respuesta a una fuerza que no actúa en la línea de unión polo magnético-espira. Una segunda dificultad fue hallada en la explicación mecánica del «eter», medio que tenía que poseer unas características muy peculiares pues debía tener la suficiente rigidez como para permitir la transmisión de las ondas luminosas transversales (propuestas por Huyghens para justificar los procesos de difracción observados para la luz) y, al mismo tiempo, no debía interferir para nada en el movimiento de los planetas en el que se comprueba una fricción nula.

Dichas dificultades son superadas cuando se abandona la concepción mecánica dando paso a una nueva concep-

ción de la naturaleza basada en el concepto de campo. Surgen así los campos eléctricos y magnéticos como una nueva y misma realidad percibida en condiciones experimentales distintas. Son las ecuaciones de Maxwell las que reúnen las características del campo electromagnético. Variaciones de dicho campo dan lugar a la onda electromagnética. Esta onda se propaga en el vacío con la misma velocidad que la velocidad de la luz.

Este hecho origina una inmediata curiosidad llevando a la conclusión de que la onda luminosa de Huyghens no tiene el sentido que antes le dábamos sino que es una onda electromagnética. Quedan así englobados los fenómenos ópticos y eléctricos bajo una misma teoría.

Siguen, sin embargo, existiendo dos aspectos aparentemente independientes en la Física: el mecánico y el electromagnético.

Una nueva observación, crucial en la historia de la física, lleva a formular la Teoría de la Relatividad para sistemas inerciales, basada en la independencia de la velocidad de la luz con el movimiento del cuerpo emisor. Este y otro principio, la imposibilidad del movimiento absoluto, son los dos pilares de la teoría.

Acababa de conseguir Einstein una fórmula que limpiaba la física de conceptos que habían originado falsos problemas (tal es por ejemplo el concepto de éter). Además, anulaba el concepto clásico de energía imponderable bajo la unificación de masa y energía. Y, quizás lo más importante, permitía formular leyes no limitadas a un dominio de la física sino que constituyen un armazón general para todos los fenóme-

nos de la naturaleza.

La relatividad generalizada constituye el siguiente escalón que formula leyes válidas para cualquier sistemas de coordenadas y, de nuevo, para todos los fenómenos de la naturaleza.

Una limitación sigue existiendo: todas las leyes mencionadas son válidas en las zonas del «campo», esto es, donde la cantidad de energía es menor y por tanto hay poca cantidad de materia. Sin embargo, en las zonas interiores de los cuerpos, esto es, donde hay una enorme concentración de energía en un volumen reducido, no solamente resultan inválidas por el momento sino también absurdas. Es éste un paso que aún no se ha dado: la unificación de campo y materia bajo el concepto exclusivo de campo.

No se abarcarían todos los aspectos cruciales de la Física si no se plantearan las cuestiones fundamentales de la Física Moderna. Dichas cuestiones son las que dan pie a la Teoría de los cuantos. El antiguo problema de la luz, que había quedado aparentemente solucionado al imputarle una naturaleza de onda electromagnética, surge de nuevo ante la evidencia, a través de nuevas experiencias (tal es por ejemplo el efecto fotoeléctrico) de su naturaleza cuántica. Llamamos fotones a los cuantos de energía de la luz. Surge entonces el problema ¿son los fotones ondas o partículas? Pero ahora se amplía la misma pregunta a los cuantos de materia y así: ¿son los electrones ondas o partículas? El comportamiento de electrones y fotones es similar y todo ello encuentra su solución estableciendo que toda partícula lleva asociada, en su movimiento, una onda. Esto es, posee una naturaleza dual: son partículas con

una energía y una masa asociadas y son ondas pues se transmiten al modo de las ondas que conocemos.

Sin embargo, las características de las leyes que estudian el movimiento de dichas ondas son muy distintas de las que estudian los de las ondas clásicas. Efectivamente, en las últimas poseemos una función de la posición de una partícula que nos permite decir perfectamente en un instante determinado, cuál es su situación. En las ondas electrónicas y luminosas esto no es posible y, aún más, no tiene utilidad: interesa la multitud o colectividad y no la individualidad. Se introduce así el tratamiento probabilístico en el que está basada toda la Física Cuántica.

Es su obra un espejo fiel de la personalidad de Einstein. No hay en ella grandes parrafadas supérfluas sino únicamente las concisas y necesarias para una conexión entre la idea y el fenómeno. Una claridad de exposición le llevan a experimentos ideales pero intuitivos en la mayoría de los casos. Estos dos grandes rasgos, economía y sencillez, reflejan perfectamente su personalidad. Ya desde joven, el rechazo a lo innecesario, «a comer con tenedor y cuchara cuando se puede comer todo con cuchara» y una mente ordenada y simple le llevan a discrepar con el resto de la sociedad. Se le tacha de obstinado y sus profesores se manifiestan contentos cuando se traslada de ciudad y, por tanto, se marcha de la escuela. Pero esto último se origina principalmente por un rechazo, que también se manifiesta en su obra física, a todo lo que supone autoridad.

Efectivamente, Einstein vuelve año tras año a la misma cuestión cuando los

físicos de su época estaban preocupados por aspectos muy distintos que aún defendían la concepción mecánica. Incluso más, le demostraban experimentos que rechazaban sus teorías (desde luego, después se comprobó que éstos estaban equivocados) pero él, obstinado y ajeno al resto, insistía en sus ideas. De la misma forma, abominaba las conveniencias ordinarias en política, religión y sociedad, prefiriendo en su vida política la democracia igualatoria.

Podemos concluir afirmando que su labor no es únicamente el resultado de ideas correctas sino, como suele ocurrir en todos los grandes hombres de ciencia, la consecuencia de una fusión entre su peculiar rebeldía ideológica y su capacidad para conectar «ideas y fenómenos».

Alicia Benarroch





UNED MELILLA

ACCIÓN

COMBINACIÓN DE TECLAS

BUSCAR	{CTRL + F}
OPCIONES VISIÓN.	{CTRL + M}
IMPRIMIR.	{CTRL + P}
PRINCIPIO DEL FICHERO. .	{INICIO}
FIN DEL FICHERO	{FIN}